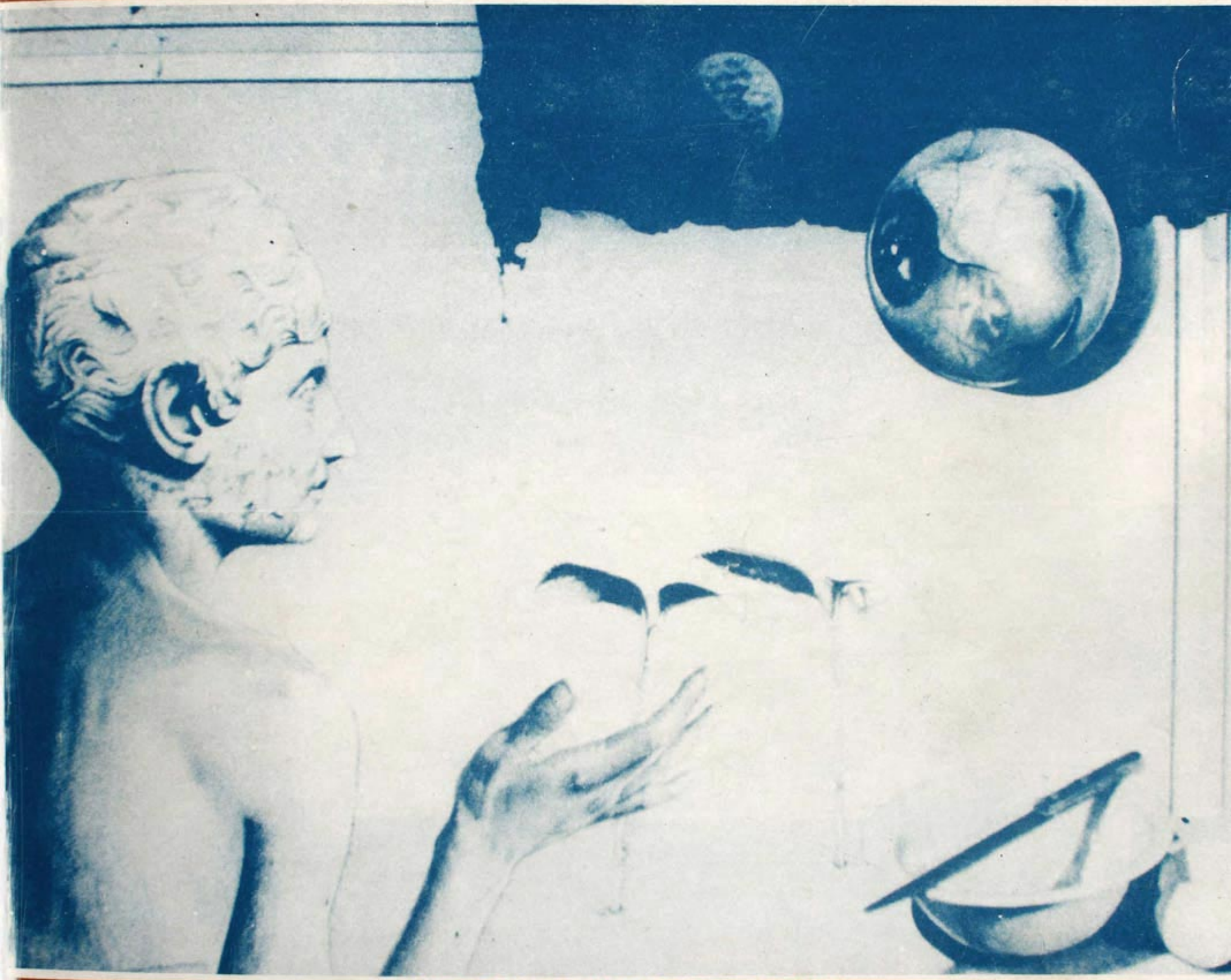
BLANCO Móvil

44

Agosto-septiembre 1990

Precio del Ejemplar: $ 4.000



LITERATURA Y DROGAS

Artaud • José Agustín • Baudelaire • Benitez
Benjamin • Burroughs • Castaneda • De Quincey
Guinzberg • Maristany • Mosches. • Villoro

ILUSTRACIONES: Arturo Rivera

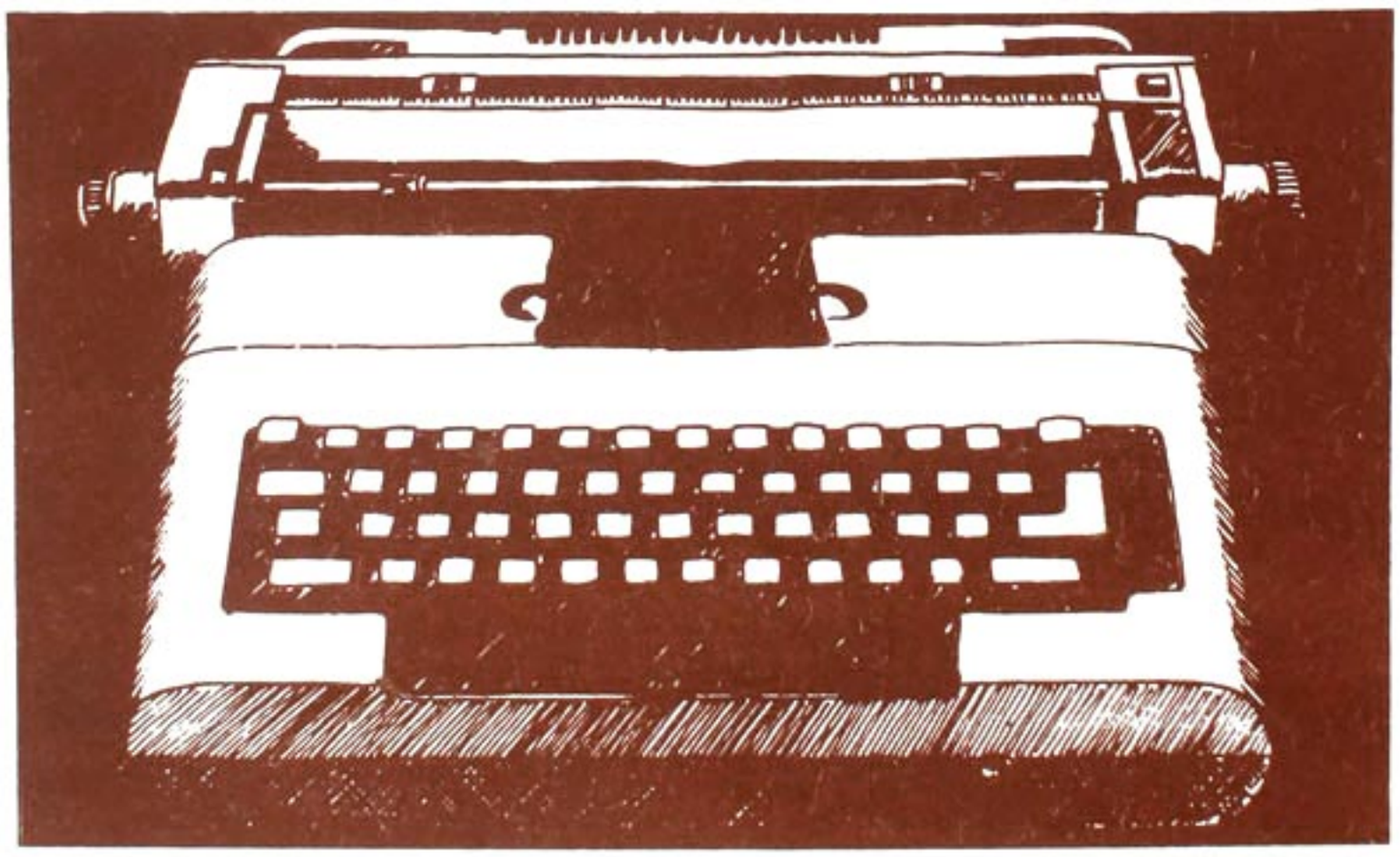
Los Primeros Pasos

Introducirse en fragmentos existentes y ocultos de la realidad. Seguir observando el derredor más atrás de las órbitas. Afinar esas capas somnolientas de la percepción, hurgar entre los ladrillos que forman paredes de asfixia a ciertos aspectos de la sensorialidad.

El hongo va creciendo en formas, adquiere protuberancias gigantescas y móviles, el sabor a tierra penetra en las fosas nasales, las volutas de humo se convierten en intensas corrientes de colores; movilidad de los objetos, los pigmentos adquieren vida, danzan las letras entre las venas restallando con violenta claridad. Atraviesa un submarino amarillo entre las flores del jardín de los otros; basta de grises y caquís, pasear entre las aguas eludiendo los destructores atómicos, las buenas costumbres y su correspondiente moral almidonada. Desmoronando el chocolate entre las hebras del tabaco, una negativa al ánimo guerrero iluminando deseos libertarios, los beatles cantan a través de las murallas, las bombas caen en Vietnam o Panamá, se forman otros hongos cancerígenos y a respirar. Las panteras negras merodeaban en las ciudades, nadie se alisaba el cabello, un pequeño en alto y Baudelaire recuerda sus paraísos a algunos pacifistas, mientras los años corren, despidiendo a las ilusiones entre las alas de los dioses caídos Nuevas utoìas por vertebrar. Los delincuentos se transforman en negociantes, la ilegalidad los enriquece, se diluyen los sueños coloridos en la angustiante enfermedad de lo ilegal. Era ese submarino amarilloi que estuvo lleno de globos de pan, flores, hippies, la izquierda busca su rosa de los vientos, y crece la angustia al ritmo diferente del crack, mientras el cemento invade las narices de las ciudades y la espuma sigue borboteando al ritmo de la brutalidad y la desesperanza y nos cuesta respirar en esta bruma.

Recobrar el amarillo.

Eduardo Mosches



LITERATURA Y DROGA EN EL SIGLO XIX: ENTRE EL EXPERIMENTALISMO Y LA EVASIÓN

Luis Maristany

Charles Baudelaire, en su estudio *Les Paradis artificiels*, decidió abordar únicamente las dos drogas que, dejando a un lado las bebidas alcohólicas estaban más a mano en Francia hacia 1860. Eran las drogas antiguas, aureaoladas todavía de un prestigio oriental. Ambas se podían conseguir en Francia en cualquier farmacia (al parecer, no se prohibieron hasta entrado este siglo). De la primera, el hachisch, hablaron roentalistas y farmacólogos a comienzos de la pasada centuria, y luego, en la década de 1840, gozó de una auténtica moda, médica y literaria. El segundo, bajo forma más común que era un preparado con alcohol llamado "tintura de opio" o láudano, fue introducido como medicamento y había tenido ya en Inglaterra con anterioridad un consumo preferente.

Luego, gracias a los avances químicos que permitieron la obtención de importantes derivados, fueron penetrando y arraigando a lo largo del XIX nuevas drogas, aunque sin desbancar a las antiguas. Entre las nuevas, la morfina tuvo en el último cuarto de siglo un consumo social bastante amplio, más allá de sus fines originariamente médicos (como anestésico), sobre todo en las clases altas, hasta el punto de que inyectarse en las reuniones llegó a ser un juego de buena sociedad entre las damas. Títulos de novelas y reportajes como *La Condesa Morfina* (1885) o *Los poseídos de la morfina* (1892) son muestras de la abundante literatura que dicho estupefaciente inspiró en la época.

Elijamos, para entrar en tema, un texto creativo de Baudelaire donde los estupefacientes —en este caso el láudano— cumplen una función significativa. Se trata de un poema en prosa de *L'Espleen de Paris*, titulado "La chambre double". El espacio se duplica y el poema ofrece también dos partes que guardan entre sí una casi simétrica oposición. En la primera, la habitación es semejante a un ensueño, lugar propicio donde el alma voluptuosamente se baña en la pereza y el deseo y donde todo, hasta los muebles y el objeto más nimio, está dotado de "una vida sonámbula y suprema". Pero de pronto Espectros del exterior (un ujier en nombre de la ley, una prostituta, un endiablado director de periódico) interrumpen la *rèverie* del poeta: con ellos se desvancece aquel ambiente donde reinaba la eternidad y el poeta se ve arrojado nuevamente en el tiempo, presa otra vez de un "tedio eterno". Baudelaire revive entonces u7na inhóspita *chambre* de hotel ("Mira los necios. muebles, polvorientos, desvencijados. La chimenea sin lumbre..."), el escenario de un infortunio vital, cuyos acentos a nosotros algo nos suenan a las quejas y desilusiones del

Larra romántico en la noche buena del 36: "Las tristes ventanas –escribe Baudelaire– en donde la lluvia ha trazado surcos en el polvo; los manuscritos tachados o incompletos; el almanaque en el que el lápiz ha señalado las siniestras fechas". En "La chambre double" se confrontan pues, en un mismo espacio dos modos de ser y de sentir desgajados, irreconciliables, en el que uno –reino de la Realidad y el Tiempo– ejerce su brutal dictadura ("Je suis la Vie, l'insupportable, l'implacable Vie!"), el intruso que sojuzga para el romántico el mundo de los sueños y los deseos. "se respira aquí ahora la ranciedad de la desolación".

Pues bien, es en este –como le llama– "monde étroit, mais si plein de dégoût" donde Baudelaire destaca un objeto aislado que excepcionalmente "le sonríe": *el frasco de láudano*, al que califica de "vieja y terrible amiga, como todas las amigas, ¡ay!, fecunda en caricias y tristezas". Como en otros muchos textos literarios del siglo XIX, la sola mención de la droga tiene una inevitable marca de evasión ante una realidad y un mundo cuya fealdad produce disgusto al artista y que éste quiere de alguna forma conjurar. En general, como por arte de magia, tiene un efecto sugestivo y transformador. "Entretanto –leemos en el citado relato de Poe, *Ragged Mountains*– la morfina había producido su acostumbrado efecto, que es revestir todo el mundo exterior de un inmenso interés". No ocurre así en "La chambre Double". El frasco de láudanoo, en ella, no produce una metamorfosis de la realidad –no logra abolirla–, ni siquiera aporta consuelo ni es un calmante para el hombre ante el dolor y la desolación; es sólo un ilusorio reducto de la individualidad, que ciertamente incita a la evasión pero que, sobre todo, subraya la presencia de un entorno vulgar urbano. Quiere esto decir que la reclamación de la droga en la literatura del XIX a menudo se inscribe en un mundo que, a pesar de la generalizada creencia en el progreso, había adquirido para algunos hombres críticos, al menos para Baudelaire en un pasaje de un prólogo a *Les Fleurs du mal*, "un espesor de vulgaridad que otorga al menosprecio del hombre espiritual la violencia de una pasión". Y resulta asimismo ilustrativo, como otro efecto de contraluz del tema ante la fealdad de la vida moderna, La rememoración que hace Thomas de Quincey de aquella lejana tarde, en el otoño de 1804, en que por primera vez compró y probó el láudano: "Era una tarde de domingo húmeda y triste; no hay en el mundo espectáculo más aburrido que un domingo lluvioso de Londres. El camino a casa pasaba por la calle de Oxford y cerca del "*augusto* Panteón" (como ha tenido la amabilidad de llamarlo Mr. Wordsworth) vi la tienda de un boticario. El boticario, ministro inconsciente de placeres celestiales, estaba en armonía con el domingo lluvioso, pues parecía todo lo aletargado y estúpido que cabe esperar de cualquier boticario mortal en domingo".

Otro aspecto a destacar —tomando como pretexto "La chambre double" de Baudelaire— es que el interés por el láudano, y en general por los estupefacientes, se empareja con el que inspiraba el mundo de los sueños. La experiencia del Hachisch o del opio constituye como un soñar despierto y refuerza la idea de que la vida del sueño remite, dicho en términos de Bécquer a "una existencia doble y aparte de la existencia positiva". Exaltar esa otra mitad oculta y desconocida del hombre es algo que ocupó reiteradamente a los románticos. Para Charles Nodier, por ejemplo, en un artículo de 1831 (*De quelques phénomènes du sommeil*), el sueño viene a ser el estado más vigoroso y lúcido del pensamiento: "Quitad al genio las visiones del mundo maravilloso y le arrancaréis las alas". Y en otro pasaje: "Parece que el espíritu ofuscado por las tinieblas de la vida exterior, jamás se libera de ella con más facilidad que bajo el dulce imperio de esa muerte intermitente". El interés de los escritores por el sueño —un auténtico atributo del "alma romántica", según estudió magistralmente hace años el crítico Albert Béguin— era compartido entonces por algunos psicólogos. He citado el ensayo de Nodier. De hecho, fue reproducido *in extenso* y elogiado por el doctor Moreau de Tours en su libro *Du Hachisc et de l'aliénation mental* (1845). Un interés conjunto, por el sueño y por el hachisch, sin embargo, de signo distinto para unos y otros: si para el excritor, en líneas generales, sueño y droga alteran el estado consciente en un sentido próximo a lo que él reconoce ser la experiencia creadora o poética, para el psicólogo Moreau de Tours la experiencia del hachisch y el lenguaje descosido del sueño remiten al estado de locura: sueños y hachisch le interesan como instrumento para conocer los procesos de la insania.

Convergencias y divergencias de unos y otros. Las veremos luego bajo otro ángulo: el de la invitación que hace el médico al escritor para que experimente y viva una "fantasía" (como se llamaba) de hachisch. Ahora constatemos, como un lugar de encuentro habitual, un hecho indiscutible: los médicos, a todo lo largo del siglo XIX, se sentían a menudo inclinados a recetar o a aconsejar a sus pacientes el uso de estupefacientes con fines curativos o analgésicos. Luego, muchos pacientes, al descubrir los placeres o la ebriedad que proporcionaba tal o cual droga, se volvían a la larga aqdictos. Esto, en la primera mitad del siglo, ocurrió sobre todo con el opio, como luego ocurriría con la morfina o la cocaína. Así se aficionaron para siempre al opio, en la Inglaterra de 1800, espíritus tan preclaros como el poeta Coleridge o el citado Thomas de Quincey, como más tarde les sucedería a Poe o a Baudelaire. A un ensueño provocado por dos gramos de opio para detener una disentería debemos uno de los poemas oníricos más célebres de la literatura *Kubbla Kahn*, escrito el año de 1798 por Coleridge.

En el caso de Thomas de Quincey, fueron unos intensos dolores reumáticos lo que le impulsaron inicialmente a consumir, con consejo de un amigo, láudano. "Si el opio se convirtió para mí en un objeto de uso diario —dice el preámbulo de su libro— no fue con la intención de gozar de un placer sino, por el contrario, de mitigar un dolor". La obra famosa de Thomas Quincey, *Confessions of an English Opium Eater* (*Confesiones de un inglés comedor de opio*), se publicó en una revista en 1821; y años más tarde, en 1845, agregó una suerte de continuación titulada *Suspiria de profundis*. Las *Confesiones* son el relato de una dilatada experiencia, según un modelo introspectivo y experiental que va a constituir la máxima novedad que aporta el nuevo siglo en cuanto al conocimiento de los efectos fisiológicos y mentales que causa el consumo de un estupefaciente. De Quincey sabía que su libro era pionero en esta clase de trabajos. Es mentira, dice, "todo lo que se ha escrito hasta ahora sobre el opio por los viajeros que han recorrido Turquía (...) o por los profesores de medicina"; y al final, con ironía, afirma que "es posible" que el informe de su caso "constituya

una modesta aportación a la historia médica del opio".

El libro, aunque iniciado con el relato de las desdichas de su niñez y adolescencia, cobra sentido a partir del momento en que a sus 19 años prueba y se vuelve consumidor de láudano. Este no sólo produce un cambio fundamental en el futuro de su persona sino que marca también retrospectivamente su vida, de forma que el autor revivirá en sueños y rememorará bajo luz más vívida, ya avanzado su libro y en *Suspiria de profundis*, las aflicciones más definitorias de su infancia (en especial la muerte temprana, siendo él muy niño, de sus dos hermanas mayores). Su autobiografía se confundía así, plenamente, con la experiencia que más marcó humanamente su destino. De Quincey era un lúcido analista y un distanciado observador, capaz de referir los pormenores y cambios que experimentó. Un tono malicioso y crítico, que sin duda cautivó a Baudelaire cuando glosó ampliamente las *Confesiones* en la segunda parte de *Les paradis artificiels*, surge aquí y allá, como cuando a raíz de su primera toma de láudano, es decir, en un momento crucial, exclama en un arranque de raro humor: "Aquí estaba, descubierto de un golpe, el secreto de la felicidad sobre el que disputaron los filósofos a través de las edades; la felicidad podía comprarse por un penique y llevarse en el bolsillo del chaleco, los éxtasis portátiles encerrarse con un corcho en una botella de medio litro, la paz del alma transportarse por galones en coches de correo".

Pero las transformaciones fundamentales, causadas en su mente por el láudano, tienen que ver con sus sueños. Ya lo indica en la introducción de *Suspiria de profundis*: que el propósito de las *Confesiones* era "revelar algo de la grandeza que encierran *en potencia* los sueños del hombre". Ello se vuelve patente a medida que avanza el libro, cuando se da conjuntamente un acrecentamiento de la facultad de soñar y una inquietante recuperación de las visiones de la infancia: "El primer aviso de que estaba ocurriendo un cambio importante en esta parte de mi economía física fue que volvió a manifestarse una condición del ojo que, por lo general, se presenta en la infancia o en estados de extrema irritabilidad (...) Pintar, por así decirlo, toda suerte de fantasmas en la oscuridad (...) Al mismo tiempo se produjo un cambio equivalente en mis sueños; de pronto se abrió e iluminó en mi cerebro un teatro en el que cada noche se presentaban espectáculos de esplendor más que terrenal". Y a continuación, enumera cuatro hechos que singularizan sus sueños bajo el efecto del opio: 1o. lo que llama "la química feroz de mis sueños" que reaviva en éstos las imágines de la vigilia "hasta darles un esplendor intolerable que me oprimía el corazón"; 2o. la angustiosa sensación de *bajar* cada noche "a grietas y simas tenebrosas, abismos en los abismos, sin ninguna esperanza de reascender"; 3o. la indecible expansión del espacio y el tiempo oníricos, y 4o. la vuelta y el reconocimiento de los más nimios incidentes de la infancia.

Si, a pesar de ello, el láudano producía en de Quincey tales resonancias orientales, ¿qué no suscitaría el hachisch –de consumo realmente minoritario– a los escritores y artistas románticos franceses que en la década de los cuarenta crearon ritualmente el famoso *Club des hachichis*? En realidad, el prestigio y el consumo de esta sustancia resultan inseparables de la fascinación por Oriente y de la auténtica moda, por los mismos años, de peregrinar y visitarlo. La ración de hachisch o *dawamesk* llevaba la marca lingüística, la imaginería y la decoración no menos tópica, con referencia al *otro* mundo a que se inclinaba el espíritu viajero del romántico. Se ha documentado la década del cuarenta como la etapa álgida de este tipo de viajes, como una especie de boom orientalista. En agosto de 1850 y en el curso de su periplo, Flaubert comunica por carta a su amigo Louis Bouilhet: "En Beirut conocimos a un muchacho estupendo (...) Es un pintor de París, uno de la pandilla de Gautier, que vive aquí pintando temas orientales. Es un encuentro casual, que

parece no sorprender a Flaubert. He aquí un típico itinerario, el del poeta romántico Gérard de Nerval en 1843, con salida de Marsella y estancias en Malta, Alejandría, El Cairo (tres meses), Siria, Constantinopla, Malta y Nápoles. Si es típico el viaje de Nerval, no lo es su caso, un tanto extremo y por tanto singular del romántico que, según mostraría su libro *Voyage en Orient* (1851), fue consecuente con su naturaleza mitómana y sus inclinaciones de soñador: leyó e imaginó más en su viaje que lo que vio propiamente. Él mismo, a su regreso, en carta a su amigo Jules Janin, se preguntaba si, en definitiva, "el Oriente no se acerca al sueño despierto que yo había tenido hace dos años o si ese Oriente ensoñado no está todavía más lejos o más alto". La fórmula del "soñar despierto" como tendencia y aspiración del romántico se complementa ahora con el "viaje imaginario", se vaya o no a Oriente, un Oriente difuso, contaminado de lecturas y de deseos, un lugar distinto y remoto que corresponda a las visiones interiores del hombre. En este contexto, el hachisch cumple un papel más simbólico que real. Tal ocurre cuando Nerval, en su libro *Voyage en Orient*, dedica un capitulillo delicioso al hachisch al comienzo de la *Histoire du Calife Hakem*: estamos ya muy lejos de un informe objetivo y veraz como el de Quincey, y ello no porque Nerval no tuviera cierta experiencia del Hachisch (al parecer sí la tuvo) sino porque el poeta ha transmutado la sustancia en instrumento simbólico, en motivo de una embriaguez. Por ella, nos dice Nerval recurriendo a un símil afortunado, el espíritu, desgajado del cuerpo, huye como un prisionero cuyo guardían, dormido, hubiera dejado la llave en la puerta del calabozo.

No es posible, en un trabajo panorámico como el presente, seguir tales mtransmutaciones literarias que en definitiva se integran en la saingularísima cosmovisión de sus creadores. Volvamos, con pie firme, a realidades más modestas, al relato y la reflexión más generales que dicha experiencia comportó. Nos centraremos en las curiosas experiencias compartidas que, a iniciativa de algunos médicos alienistas y farmacólogos, se realizaron con el hachisch en el cuarto decenio del siglo XIX. Los médicos invitaban a literarios y a artistas a participar en sesiones controladas. Gracias al testimonio del médico Brièrre de Boismont (en su libro *Des Hallucinations*, 1845) y del literato Alphonse Karr (en sus memorias tituladas *Le Livre de Bord*), sabemos algo de una sesión celebrada el año de 1840 en casa del latinista y editor Ajasson de Grandsagne, sesión a la que acudieron como observadores el famoso

alienista Esquirol, el citado Brièrre de Boismont y varios farmacólogos de prestigio, para juzgar qué efectos producían sobre media docena de escritores y artistas, entre los cuales se citan al pintor Boissard de Boisdenier, Nerval, Gautier y Karr. Éstos, al parecer, no fueron advertidos de la presencia de los científicos. Vale la pena reproducir *in extenso* el relato y la impresión que nos dejó de dicha experiencia Alphonse Karr:

"La comida fue bastante alegre; en cuanto a la droga, nos la dieron, en infusión como de té, hacia el final de la comida. Advertí que con frecuencia llamaban a la puerta en la casa de Ajasson; ello, por repetido, me intrigó y suscitó en mí unas sospechas que se confirmaron cuando dejamos el comedor para ir al salón. Era una de esas antiguas mansiones aristocráticas de la isla de San Luis, un inmenso salón con artesonado y entreventanas. Nos encontramos, en el salón, con una docena de médicos, entre ellos Esquirol, el célebre alienista. Comprendí que estábamos en exhibición y no se lo agradecóa a Ajasson que, fuera de la ciencia, es el mejor hombre del mundo.// Yo ya sentía ciertos síntomas especiales, pero me dije, si sirve de algo la voluntad de un hombre; voy a liberarme de la experiencia y de las observaciones, me sentaré en un rincón y me quedaré quieto y callado...// La influencia del hachisch empezó pronto a manifestarse en nosotros de forma distinta: había un joven que se subía a la mesa y pronunciaba con volubilidad y entusiasmo un discurso tan desprovisto de hilación como de sentido; Boisard lloraba a lágrima viva, gritando "no me molestéis, soy tan feliz". Gautier metía la cabeza bajo un cojín y trataba en vano de contener un acceso de risa loca. Gérard [de Nerval], con su dulce sonrisa, improvisaba brillantes conceptos y madrigales en verso. En cuanto a mí, logré no moverme y estar callado. Pero estaba, con todo, bajo una extraña influencia; dos de mis sentidos se me habían desarrollado y agudizado extraordinariamente; oía con claridad lo que se decían a la oreja dos personas situadas al otro extremo del inmenso salón, como si hablasen en voz alta. Oí a Esquirol decir en voz muy baja: "resultaría arriesgado para la razón usar a menudo esta sustancia".// Me han dicho que con Boissard se confirmó tristemente la predicción de Esquirol. Se aficionó a los efectos del hachisch y del opio y murió en un estado de embotamiento y de extenuación".

Karr nos ofrece aquí una animada viñeta, un curioso cuadro de época: un grupo de jóvenes artistas viven su "fantasía" (como se decía) bajo el efecto embriagador del hachisch (en este caso ingerido en una infusión), mientras unos científicos observan y comentan lo sucedido. Los recelos manifestados por Karr de que él y los suyos servían a los médicos como auténticos conejillos de Indias no eran seguramente infundados. ¿Pero qué buscaban los médicos, qué pretendían realmente? Sin duda algo, en principio, bien normal: experimentar. Y experimentar no sin avidez sobre personas objetivamente interesantes, cuyo talento y cuya creatividad podían garantizar en teoría el buen éxito del intento. Cabía esperar en buena lógica que los efectos del hachisch sobre la mente de una persona sensible y cultivada se manifestasen con más vigor y riqueza que los que causarían en un traficante de ganado, por ejemplo. Para Quincey y para Baudelaire esto era un axioma. Como correlato literario de esta curiosidad y esta relación tutelar del médico hacia el escritor, diré de pasada que es relativamente corriente en relatos del siglo XIX, una situación como la siguiente: la presencia de un médico sabido e inductor que elige a un escritor para probar con él y poner a prueba ciertos conocimientos. Hay un cuento de Maupassant, *Rêves* (1882), que responde a un esquema semejante: después de una más bien desanimada cena de amigos, un médico instruye a un escritor sobre los maravillosos efectos del éter y sus ventajas sobre otras drogas (como el hachisch, el opio o la morfina) y le invita a que lo pruebe, aunque al final,

extrañamente, el mefistofélico galeno se niegue a proporcionarle el referido narcótico.

Ahora bien, al explicable interés del médico por la figura del escritor –en reconocimiento de su talento y creatividad– se une el interés de signo bien distinto que la misma persona le inspira: la sospecha de que, según el viejo lema atribuido por Séneca a Aristóteles, "jamás ha habido un gran talento sin algún toque de locura". Esta cuestión, la de las relaciones entre genio y locura, empezaba a replantearse entonces en los círculos médicos, desde que el alienista L. F. Lélut, que trabajaba en el hospital de Bicêtre, publicó en 1836 una documentada monografía sobre la naturaleza visionaria de Sócrates: *Le démon de Socrate*. Propiciaban tales especulaciones, en el contexto cultural de la época, el fenómeno nuevo de la bohemia artístico-literaria o los rumores respecto al suicidio y al internamiento en sanatorios de ciertos creadores. Esta nueva atención clínica y estas sospechas culminarían en 1859 con la primera generalización sobre la psicopatología del hombre de genio, en el libro de Moreau de Tours titulado La *Psychologie morbide*. "El genio –dictaminaba allí dicho alienista– es una neurosis".

No sería del todo aventurado atribuir al recuerdo de lo que vio Baudelaire en el *Club de los Hachishins* una parte de su desdén hacia el hachisch: "Voy a hablar de una sustancia –dijo en su primer artículo de 1851– que se ha puesto de moda de unos años a esta parte, una especie de droga deliciosa para cierta categoría de diletantes". El informe que en ese artículo y sobre todo en su libro *Les Paradis artificiels* (1860) nos ofrece Baudelaire no puede sino contrastar con los escritos de Gautier: sumamente crítico respecto al uso del hachisch, entraña implícitamente un balance negatiivo de las pasadas aventuras, a la vez que una clarificación de los objetivos del creador. El libro es sin duda complejo y su mensaje debió de resultar en su momento desconcertante. Ya en la dedicatoria reconoce que "con gusto no escribiría sino para los muertos". La información sobre el hachisch y sobre el opio y la espculación acerca de una experiencia más o menos ubicable en la antesala de *Les Fleurs du mal* son algunos de los extremos del libro. El tono inteligentemente crítico e irónico del título –con los dos términos antitéticos del sintagma "paraísos artificales"– se reitera en el interior de la obra; por ejemplo, cuando afirma que el hombre "ha querido crear el paraíso por

medio de la farmacia" o cuando habla de "ese paraíso de ocasión". Todo ello recuerda los "éxtasis portátiles", la ironía empleada por su admirado De Quincey.

Baudelaire, por los años en que escribió *Les Paradis*..., había renunciado al láudano (reincidiría en él al trasladarse a Bélgiica en 1864). Era uno de esos "prisioneros evadidos" de la droga, que elogia en un pasaje del libro. Es posible que su decisión influyera algo sobre el rigor con que la enjuició; pero su mensaje moral (explícitamente asumido) no se empleaba en motivos de "salud pública" (y hasta se mostró excéptico en cuanto a la emplaridad asumida por De Quincey al comienzo de sus Confesiones). Por otra parte, Baudelaire prefirió evitar la confidencia personal y autobiográfica; en esto se diferencia también del escritor inglés, a quien glosa extensamente, otorga un papel de guía en la segunda parte de los *Los paraísos*. Su camino es otro: balance, reflexión y advertencia.

La crítica, como decíamos, se centra contra el empleo del hachisch. Ya en el artículo de 1851 opuso al hachisch el vino. Este, a su juicio, produce una ebriedad social y laboriosa; aquél, en cambio, desvía del trabajo y de los placeres simples de la vida colectiva. Este argumento democrático de 1851 reaparece esporádicamente en *Les Paradis*..., pero no es esencial. Lo malo del hachisch para Baudelaire es que confunde el sueño con la acción. Él, que en su estudio había ido describiendo con detalle, y no poca complicidad, las excitaciones, voluptuosidades, alucinaciones y ese estado de beatitud o kief, como las fases primordiales en que se desarrolla la experiencia del hachisch, observa que el término de ella el sujeto no se ve impilsado más allá de sí, sino que se instala ilusoriamente en su "triunfante orgía espiritual", en una autoglorificación y una suficiencia propia de un maníaco ("Je suis devenu dieu"). Pero el sueño se desvanece y al día siguiente ese sujeto sólo constata su incapacidad para la acción, su impotencia para aplicarse a un trabajo seguido. "se dice —afirma Baudelaire—, y es casi cierto, que esta sustancia no causa ningún mal físicoi (...) Pero, ¿acaso puede afirmarse que un hombre, incapaz de acción y apto tan sólo para los ensueños, goce verdaderamente de buena salud?" Lo mismo observa, aunque sin insistir tanto en ello, respecto al opio: "¡Horrible situación, la de tener el espíritu lleno de ideas y no poder franquear el puente que media entre los campos imaginarios del ensueño y las mieses positivas de la acción!".

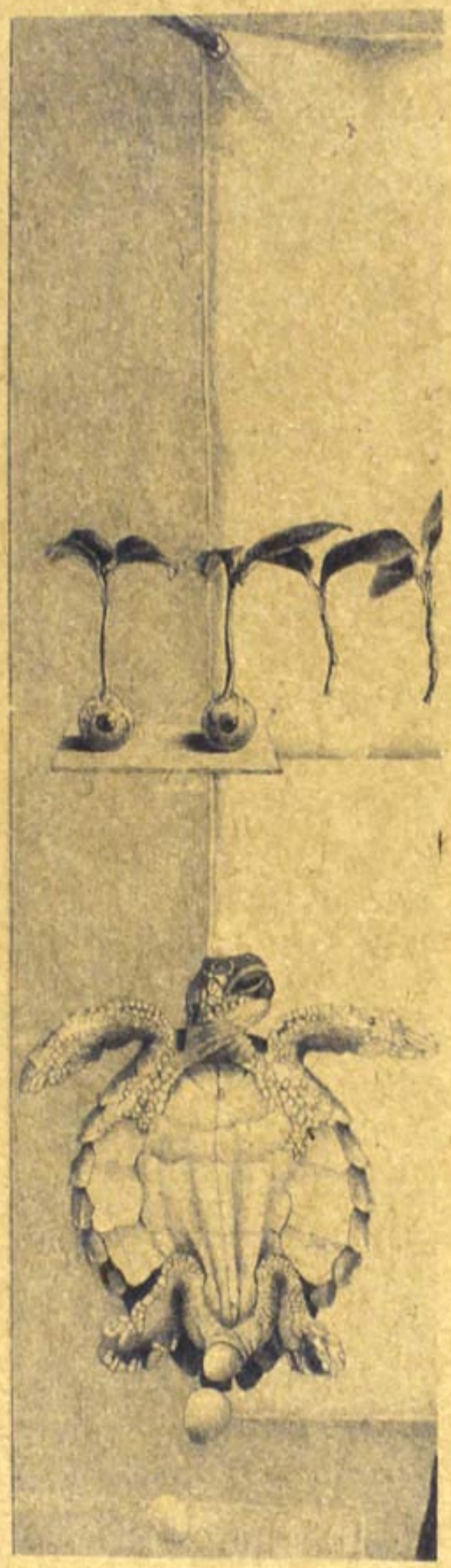
Todo ello se explica más adecuadamente si tenemos en cuenta la crítica y la redefinición del romanticismo que había propuesto el autor en textos anteriores. Entre otras cosas, había censurado, como desvíos característicos del romántico, el sentimentalismo autocomplaciente, el diletantismo y la falta de rigor. La obra, en cambio, exige disciplina, dedicación absoluta, despersonalización, lucidez. Queda, en todo caso, como uno de los valores esenciales del libro de Baudelaire, su ambigüedad. Porque, a pesar de lo dicho, es evidente el interés profundo del autor por los temas que suscita la experiencia de la droga. Responde tal interés a una necesidad real de inventarse, a una voluntad de transmutación Ya a propósito de las propiedades del vino habló de una "operación mística" en virtud de la cual el hombre natural (dios animal) y el vino (dios vegetal), que desempeñan el papel del Padre y del Hijo en la Trinidad, engendran un Espíritu Santo, el hombre superior. La experiencia de la droga, aunque sea un camino cerrado que desvía al escritor de su cometido, le permite también, por ejemplo, visualizar ese estado inocente al comienzo del libro, en la sección titulada "El gusto del infinito". Y por último, ¿no está oponiendo en el fondo Baudelaire, a la droga que constituye como un lento suicidio para el espíritu creativo, otra droga más fértil y más suya, su pasión del arte? Tal vez a ello se refiera cuando en un artículo que dedicó a Gautier en 1859 habla de *la idea fija* que orienta la vida de todo verdadera artista. Literatura y droga serían al fin dos vicios equivalentes y al mismo tiempo se excluirían.

LOS PARAÍSOS ARTIFICIALES

(Fragmento)

Charles Baudelaire

¿Qué se siente? ¿Qué se ve? Cosas maravillosas, ¿verdad? ¿Espectáculos extraordinarios? Pero, ¿son muy bonitos? ¿Y muy terribles? ¿Y peligrosos? Tales son las preguntas habituales que, con una curiosidad entremezclada de temor, dirigen los ignorantes a los adeptos. Se diría que es una impaciencia infantil por saber, como la de esas personas que nunca han dejado su rincón junto a la lumbre cuando se encuentran con un hombre que regresa de países lejanos y desconocidos. Se imagińan la embriaguez del hashish como un país prodigioso, un gran teatro de prestidigitación y escamoteo, donde todo es milagroso e imprevisto. Se trata de un prejuicio, un grave error. Y dado que, para la mayoría de los lectores, la palabra hashish entraña la idea de un mundo extraño y alterado, la expectativa de sueños prodigiosos (sería mejor decir alucinaciones, las cuales son, por otra parte, menos frecuentes de lo que supone), me apresuraré a señalar de inmediato la importante diferencia que separa los efectos del hashish de los fenómenos del sueño. En el sueño, ese viaje a la aventura de todas las noches, hay algo positivamente milagroso; es un milagro cuya puntualidad ha embotado el misterio. Los sueños del hombre son de dos clases. Unos, llenos de su vida cotidiana, de sus preocupaciones, de sus deseos, de sus vicios, se combinan de modo más o menos extraño con los objetos entrevistos durante el día, que se han fijado indiscretamente en la enorme tela de la memoria. Ese es el sueño natural; ése es el hombre mismo. Pero, ¡y la otra clase de sueños! ¡El sueño absurdo, imprevisto, sin relación ni conexión con el carácter, la vida y las pasiones del durmiente! Este sueño, que yo llamaré jeroglífico, representa evidentemente el lado sobrenatural de la vida, y justamente por-



que es absurdo es por lo que los antiguos lo creyeron divino. Como es inexplicable por causas naturales, le atribuyeron una causa exterior al hombre; y todavía hoy, por no hablar de los onirománticos, existe una escuela filosófica que ve en los sueños de este tipo ora un reproche, ora un consejo; en suma, un cuadro simbólico y moral, engendrado en el propio espíritu del hombre que sueña. Es un diccionario que hay que estudiar, una lengua de la cual los sabios pueden encontrar la clave.

En la embriaguez del hashish, nada parecido. En ella no saldremos del sueño natural. La embriaguez, en toda su duración, no será, es cierto, más que un inmenso sueño, gracias a la intensidad de los colores y a la rapidez de las ideas; pero mantendrá siempre la tonalidad particular del individuo. El hombre ha querido soñar, y el sueño gobernará al hombre; pero ese sueño será hijo de su padre. El ocioso se las ha ingeniado para introducir artificialmente lo sobrenatural en su vida y en su pensamiento, pero, después de todo, y a pesar de la energía accidental de sus sensaciones, no es más que el mismo hombre aumentado, el mismo número elevado a una potencia muy alta. Se halla sojuzgado; pero, para su desgracia, sólo lo está por sí mismo; *ha querido hacer el ángel y se ha convertido en una bestia*, momentáneamente muy poderosa, si es posible llamar poder a una sensibilidad excesiva, sin gobierno que la modere o explote.

Que los hombres de mundo y los ignorantes, curiosos por conocer unos placeres excepcionales, sepan, pues, que no hallarán el hashish nada milagroso, absolutamente nada más que lo natural en exceso. El cerebro y el organismo sobre los que actúa el hashish no producirán sino sus fenómenos ordinarios, individuales, aumentados, es bien cierto, en cuanto a número y energía, pero siempre fieles a su origen. El hombre no escapará a la fatalidad de su temperamento físico y moral; para las impresiones y los pensamientos familiares del hombre, el hashish será un espejo de aumento, pero un puro espejo.

CONFESIONES DE OPIOMANO INGLÉS

(Fragmento)

Thomas de Quincey

Pensé que era la mañana de un domingo de mayo, que era el domingo de Pascua, y todavía era de madrugada. Me pareció estar en pie a la puerta de mi cottage. Delante de mí tenía la escena propia de tal situación, pero, como de costumbre, exaltada y solemnizada por la fuerza de los sueños. Estaban las mismas montañas y el mismo querido valle a sus pies; pero los montes habían tomado unas proporciones más que alpinas, y entre ellos había un espacio mucho más amplio de prados y claros entre bosques; los setos estaban llenos de rosas blancas; no se veía criatura alguna, salvo el ganado que reposaba tranquilamente en el patio de la iglesia, sobre las tumbas verdecidas, y particularmente en torno a la de una criatura a la que yo había querido tiernamente; lo mismo que los había aquel mismo verano un poco antes de la puesta del sol, cuando murió aquella niña. Contemplé la familiar escena, y me dije en voz alta (como pensando): "—Apenas empieza a amanecer; y es Domingo de Pascua; y es el día en que celebran las primicias de la resurrección. Me daré una vuelta; hoy hay que olvidar las penas antiguas; porque el aire es frío y calmo, y las montañas altas, y se elevan hasta el cielo; y los claros del bosque están tan sosegados como el patio de la iglesia; y con el rocío me puedo limpiar el sudor de la frente, y ya se habrán acabado mis desgracias—". Me volví en-

tonces, como para abrir la puerta del jardían, e inmediatamente vi a la izquierda una escena completamente distinta; pero que el poder de los sueños había fundido armoniosamente con la otra. Era una escena oriental; también allí era Domingo de Pascua, a primeras horas del día. Y a gran distancia eran visibles como una mancha en el horizonte, las cúpulas y cimborios de una gran ciudad... una imagen de lánguida abstracción, captada tal vez en la niñez en alguna vista de Jerusalén. Y a menos de un tiro de flecha de mí, encima de una piedra, a la sombra de palmas judías, había una mujer sentada; la miré... y era... ¡Ann! Clavó ella la mirada en mí con presteza, y al cabo le dije: "—¡O sea que por fin te encontré!—". Aguardé. Pero no me respondió palabra. Tenía la cara igual que la última vez que la había visto y, sin embargo, ¡qué distinta era! Hacía diecisiete años, cuando la luz de la farola caía sobre su rostro y yo había besado sus labios por última vez (unos labios, Ann, que para mí no estaban manchados), tenía los ojos bañados en lágrimas; ahora se los había limpiado; parecía más hermosa que en aquella época, pero por lo demás, igual, no más envejecida. El talante era calmado, pero con una solemnidad de expresión inusual; y yo la contemplaba ahora con cierta reverencia, pero, de repente, su aspecto se hizo sombrío, y volviéndome hacia los montes vi que bajaba rodando la neblina a interponerse entre nosotros; en un instante se desvaneció todo; sobrevino una densa oscuridad; y en un abrir y cerrar de ojos me encontré muy lejos de los montes, junto a la farola encendida de Oxford Street, caminando de nuevo con Ann... lo mismo que andábamos diecisiete años antes, cuando ambos éramos unos chiquillos.

Como última muestra, cito otro sueño de 1820, de distinto tipo.

Todo comenzó con una música que para entonces oía frecuentemente en sueños... una música introductora, que despertaba expectación; parecida a la obertura del Himno de Coronación, y que, como él, daba la sensación de un gran desfile, de infinitas cabalgaduras en formación, y el paso de innumerables ejércitos. Había llegado la mañana de un gran día —un día de crisis y de esperanza final para la naturaleza humana, que sufría por entonces algún misterioso eclipse, y se afanaba en una situación límite—. En alguna parte, no sabía yo dónde, y en alguna forma, sin que supiese cómo, algunos seres que yo desconocía estaban librando una batalla, una lucha, una agonía..., que se desarrollaba como un gran drama o pieza musical; con lo que mi simpatía era particularmente insoportable por la confusión que tenía en cuanto al lugar, la causa, la naturaleza, el posible resultado. Y, como es normal en los sueños (en los que, necesariamente, nos hacemos centro de cualquier movimiento), yo tenía el poder de decidir, aunque en realidad no lo tenía. Tenía ese poder, si era capaz de levantarme para quererloñ pero no tenía ese poder, porque pesaba sobre mí el pe-

so de veinte atlántidas o la opresión de una culpa inexplicable. "Más hundido que una plomada", permanecía yo echado e inactivo. Luego, como un coro, la pasión se profundizó. Estaba en juego algo muy importante; la causa más poderosa que defendiera nunca espada, o proclamara trompeta. Entonces se produjeron súbitas alarmas; la gente corría de un lado para el otro: yo no sabía si los innumerables fugitivos que trepidaban huían de la buena causa o de la mala; luces y oscuridad; tempestad y rostros humanos; y, al fin, con el sentimiento de que todo estaba perdido; formas femeninas, y rasgos que, para mí, valían todo el mundo, y sólo podía ver un instante... y manos que se estrechaban, y despedidas que partían el alma, y, entonces..., ¡adioses eternos! Y con un suspiro, como suspiraban las cavernas del infierno cuando la madre incestuosa pronunciaba el nombre aborrecido de la muert reververaba el sonido... ¡adioses eternos! Y, de nuevo, y otra vez reverberaba: ¡adioses eternos!

Y me desperté luchando, y dije a voz en grito: "—¡No dormiré más!".

Pero tengo ya que poner fin a una narración que se ha extendido desmesuradamente. De haber dispuesto de margen más amplio, los materiales que he utilizado podrán haberse desarrollado mejor; y se podría añadir con provecho muchas cosas que no he utilizado. Sin embargo, tal vez sea suficiente lo dicho. Sólo queda decir algo de la forma en que ese conflicto de horrores llegó al fin a una crisis. El lector tienen ya conciencia (por un pasaje cercano al principio de la introducción a la primera parte) de que el opiómano logró, de alguna forma, "desenredar, casi hasta el último eslabón, la maldita cadena que le ataba". ¿Por qué medios? Narrar esto, según la intención original, excedería en mucho al espacio que ahora se puede permitir. Dado que hay una razón tan coactiva para abreviar, por suerte, considerando la cuestión en forma más madura, concluí que de ningún modo tenía que estropear con detalles tan poco relevantes el impacto de la historia misma, como llamamiento a la prudencia y conciencia del consumidor de opio todavía no empedernido... ni tampoco (aunque sea mucho menos importante) perjudicar el impacto de la historia como composición literaria. El interés del lector juicioso no se centrará, principalmente, en el tema de los hechizos fascinantes del opio, sino en su fuerza fascinante. El auténtico héroe de la narración es el opio, no el opiómano; y es el centro legítimo en torno al que gira el interés.

HASCHISCH
(Fragmento)

Walter Benjamin

Marsella, a 29 de julio. A las siete de la tarde, tras larga vacilación, tomo haschisch. Durante el día había estado en Aix. Con la certeza incondicional de que en esta ciudad de cientos de miles de habitantes, en la que nadie me conoce, no podrá molestárseme, me tumbo en la cama. Y me molesta, sin embargo, un niño pequeño que llora. Pienso que han transcurrido tres cuartos de hora. Pero sólo son veinte minutos... Estoy, pues, tumbado en la cama, leyendo y fumando. Frente a mí la vista sobre el vientre de Marsella. La calle que he visto tantas veces es como un corte hecho por un cuchillo.

Abandoné, por fin, el hotel; el efecto me pareció brillar por su aussencia o ser tan débil que podía omitir la prudencia de quedarme en la habitación. Primera estación en el café de la esquina Canebière y Cours Belsunce. Visto desde el puerto a la derecha, por tanto, no el que me es habitual. ¿Y entonces? Sólo el cierto bienestar, la expectación de ver que las gentes vienen a mi encuentro amablemente. El sentimiento de soledad se pierde bien de prisa. Mi bastón empieza a depararme una alegría especial. Me vuelvo tan delicado: temo que pueda dañar a un papel una sombra que cae sobre él. La náusea desaparece. Leo los letreros de los urinarios. No me asombraría que éste y el otro viniesen hacia mí. Pero no lo hacen y tampoco me importa. Me resulta, empero, este lugar demasiado ruidoso.

En seguida cobran vigencia las pretensiones que sobre el tiempo y el espacio hace el comedor de Haschisch. Es sabido que son absolutamente regias. Para el que ha comido haschisch, Versalles no es lo bastante grande y la eternidad no dura demasiado. Y en el trasfondo de estas inmensas dimensiones de la vivencia interior, de la duración absoluta y de un mundo espacial inconmensurable, se detiene un humor maravilloso, feliz, tanto más grato cuanto que el mundo espacial y temporal es contingente. Siento ese humor en grado infinito cuando me entero de que ya no se sirve nada caliente en el restaurante Basso. Entretanto tomo acomodo y me siento a la mesa para una eternidad. No por eso fue luego menos fuerte la sensación de que todo aquello era y seguirá siendo resonante, visitado, vivido. Debo anotar cómo encontré mi sitio. Me interesaba la vista sobre el Vieux-Port, vista que se tiene desde los pisos altos. Al pasar por debajo divisé una mesa libre en la terraza del segundo piso.

Pero acabé por no llegar más que hasta el primero. La mayoría de las mesas junto a las ventanas estaban ocupadas. Me dirigí entonces a una muy grande que quedaba libre en ese instante. Al tomar asiento me di cuenta de la desproporción: me avergoncé de ocupar una mesa tan grande, y atravesé todo el piso hasta el extremo opuesto para tomar un sitio más pequeño que sólo desde allí resultaba visible.

Pero se comía más tarde. Primero el pequeño bar en el puerto. Estaba a punto de volver atrás desconcertado, ya que parecía venir de allí un concierto de orquesta para ins-

trumentos de viento. Pude con todo darme cuenta de que no era otra cosa que el clamoreo de las bocinas de los coches. Camino del Vieux-Port, esa maravillosa ligereza y esa determinación en el paso que convèrtían el desarticulado piso de piedra de la gran plaza por la que andaba, en suelo de un camino vecinal por el que, tal un fornido caminante, marchaba de noche. Evité la Canebière a aquella hora, ya que no estaba del todo seguro de mis funciones reguladoras. En quel pequeño bar del puerto empezó el haschisch a desarrollar su verdadero hechizo canónico con una virulencia tan primitiva como apenas la había vivido yo antes. A saber, me convirtió en un fisónomo, o al menos en un contemplador de fisonomías; viví entonces algo por completo único en mi existencia; devoraba literalmente los rostros que tenía a mi alrededor y que eran, en parte, de destacada fealdad o rudeza. Rostros que, por regla general, hubiese evitado por dos razones: por no desear atraer sobre mí sus miradas y por no soportar su brutalidad. Aquella taberna del puerto era un puesto bastante alejado. (Creo que el último que me quedaba de los accesibles sin peligro, de los quem, en la embriaguez, hubiese medido con la misma seguridad con la que, hondamente cansado, llenaría un vaso de agua hasta el mismísimo borde sin derramar una sola gota, tal y como jamás se logra con los sentidos frescos.) Suficientemente alejado de la rue Bouterie, pero sin que se sentase en él un sólo burgués; a lo sumo un par de familias de la pequeña burguesía del vecindario junto al proletariado de los muelles –¿no le sucedió a un Rembrandt y a muchos otros?– puede la fealdad parecerle el verdadero depósito de la belleza, mejor aún el guardián de su tesoro, la montaña partida con todo el oro de lo bello dentro relumbrando entre arrugas, miradas, rasgos. Me acuerdo especialmente de un rostro masculino vulgar, de una animalidad sin límites, en el que me conmovió, de súbito, la "arruga de la renuncia". Fueron, sobre todo, rostros masculinos los que me embelesaron. Empezó en seguida un juego que se mantuvo largamente: en cada cara nueva surgía ante mí un conocido; con frecuencia sabía su nombre, pero a menudo no; la ilusión se desvaneció como las ilusiones se desvancen en sueños, a saber sin vergüenza ni compromiso, sino en paz y amigablemente como algo que ha cumplido con su obligación. En estras circunstancias no podría ya hablarse de soledad. ¿Era yo mi propia compañía? Quizá, aunque no tan a las claras. Tampoco sé si algo semejante hubiese podido hacerme feliz. Sino más bien esto otro: me convertí en mi propio alcahuete, el más vivo, el más tierno, el más desvergonzado, y atraía hacia mí las cosas con la seguridad ambigua de quien ha estudiado y conoce a fondo los deseos de su cliente. Empezó a durar una eternidad y media hasta que apareció otra vez el camarero. O más bien no soportaba yo esperar hasta que apareciese. Me fui al recinto del bar y pagué en la barra. No sé si en aquel local se acostumbraban las propinas. En cualquier otro caso hubiese dado algo. Pero el haschisch me hizo ayer tacaño; por miedo a llamar la atención con extravagancia, conseguí que todos se fijasen en mí.

LA DANZA DEL PEYOTE*

Antonin Artaud

La influencia física siempre estaba ahí. Este cataclismo físico que era mi cuerpo... Después de veintiocho días de espera, todavía yo no me había adentrado en mí –debiera decir: *salido* en mí. En mí, en este conjunto dislocado, este trozo de geología averiada.

Inerte, como la tierra con sus rocas puede serlo –y todas esas grietas que corren en los estratos sedimentarios acumulados. Friable, cierto, yo lo era, no por fragmentos sino por entero. Después de mi primer contactos con esta terrible montaña que yo estaba seguro había elevado barreras contra mí para impedirme entrar. Y lo sobrenatural, después que estuve en la cima, ya no me parecía como una cosa tan extraordinaria que no pudiera decir que estuve, en el sentido literal de la palabra: embrujado.

Dar un paso no era ya para mí dar un paso, sino sentir *dónde* llevaba la cabeza. ¿Se comprende esto? Los miembros que obedecen uno tras otro, y que uno avanza uno después del otro y la posición vertical que sobre la tierra es necesario mantener. Porque la cabeza, desbordándose en ondas y que ya no domina sus torbellinos, siente debajo todos los torbellinos de la tierra que la enloquecen y que le impiden mantenerse derecha.

Veintiocho días de esta influencia pesada, de este montón de órganos mal agrupados que yo soy, y en los que me daba la impresión de estar presente, como en un inmenso paisaje de hielo a punto de desmoronarse.

La influencia estaba pues ahí, tan terrible que para ir de la casa del indio a un árbol situado apenas a unos cuantos pasos, necesitaba más que valor, necesitaba apelar a las reservas de voluntad verdaderamente *desesperada*. Porque haber llegado tan lejos, encontrarme por fin en los umbrales de un encuentro y de ese sitio del que yo esperaba tantas revelaciones, y sentirme tan perdido, tan desierto, tan desamparado. ¿He conocido jamás la alegría; habrá habido jamás en el mundo una sensación que no fuera de angustia o de irremisible desesperación; me había encontrado jamás en otro estado que este de dolor inexorable que todas las noches me perseguía? ¿Y había para mí algo que no estuviera al borde de la agonía; se podría encontrar por lo menos un cuerpo, un solo cuerpo de hombre, que se escapase de mi crucifixión perpetua?

Seguramente necesitaba voluntad para creer que algo iba a suceder. Y todo eso, ¿por qué? Por una danza , por un rito de los indios perdidos que ni saben quiénes son, ni de dónde vienen que, cuando uno les pregunta, responden con cuentos cuya conexión y secreto han perdido.

Después de fatigas tan crueles, ya no me fue posible creer que no estaba real mente hechizado, que estas barreras de desintegración y de cataclismo que yo había sentido crecen en mí no había sido el resultado de una premeditación inteligente y concertada; lo repito, yo había llegado a uno de los últimos lugares del mundo donde la danza de curación por el peyote aún existe, al lugar donde, al menos, fue inventada. ¿Y qué es, pues? ¿Qué presentimiento falso, qué intui-

* Fragmento de *Viaje al país de los Tarahumaras.*

ción ilusoria y fabricada me permitía esperar de esta curación una liberación cualquiera para mi cuerpo y también, y sobre todo, una fuerza, una iluminación en toda la amplitud de mi paisaje interior, que yo sentía en ese momento preciso fuera de toda clase de dimensiones?

Hace veintiocho días que comenzó este suplicio inexplicable y doce días que me hallo en este rincón aislado de tierra, en este compartimiento de la inmensa montaña en espera de la buena voluntad de mis hechiceros.

¿Por qué cada vez que, como en este instante, sentía acercarme a una fase capital de mi existencia, no llegaba con un ser entero? ¿Por qué esta terrible sensación de pérdida, de oportunidad perdida, de acontecimiento frustrado? Cierto, yo veré a los hechiceros ejecutar su rito; pero ¿de qué manera me beneficiará ese rito? Yo los veré. Ya seré recompensado por esa gran paciencia que nada hasta ese momento pudo desanimar. Nada: ni el camino terrible; ni el viaje con un cuerpo inteligente pero desacorde que es necesario entrenar, que casi sería necesario matar para impedir que se sublevase; ni la naturaleza con sus tempestades abruptas que nos cercan con sus redes de rayos; ni esa larga noche traspasada de espasmos, en que vi a un joven indiorascarse en sueños con una especie de frenesí hostil precisamente en los momentos en que estos espasmos me traspasaban —y él decía, el que me conocía apenas desde la víspera: "Ah, le acaece todo el mal que le puede acaecer."

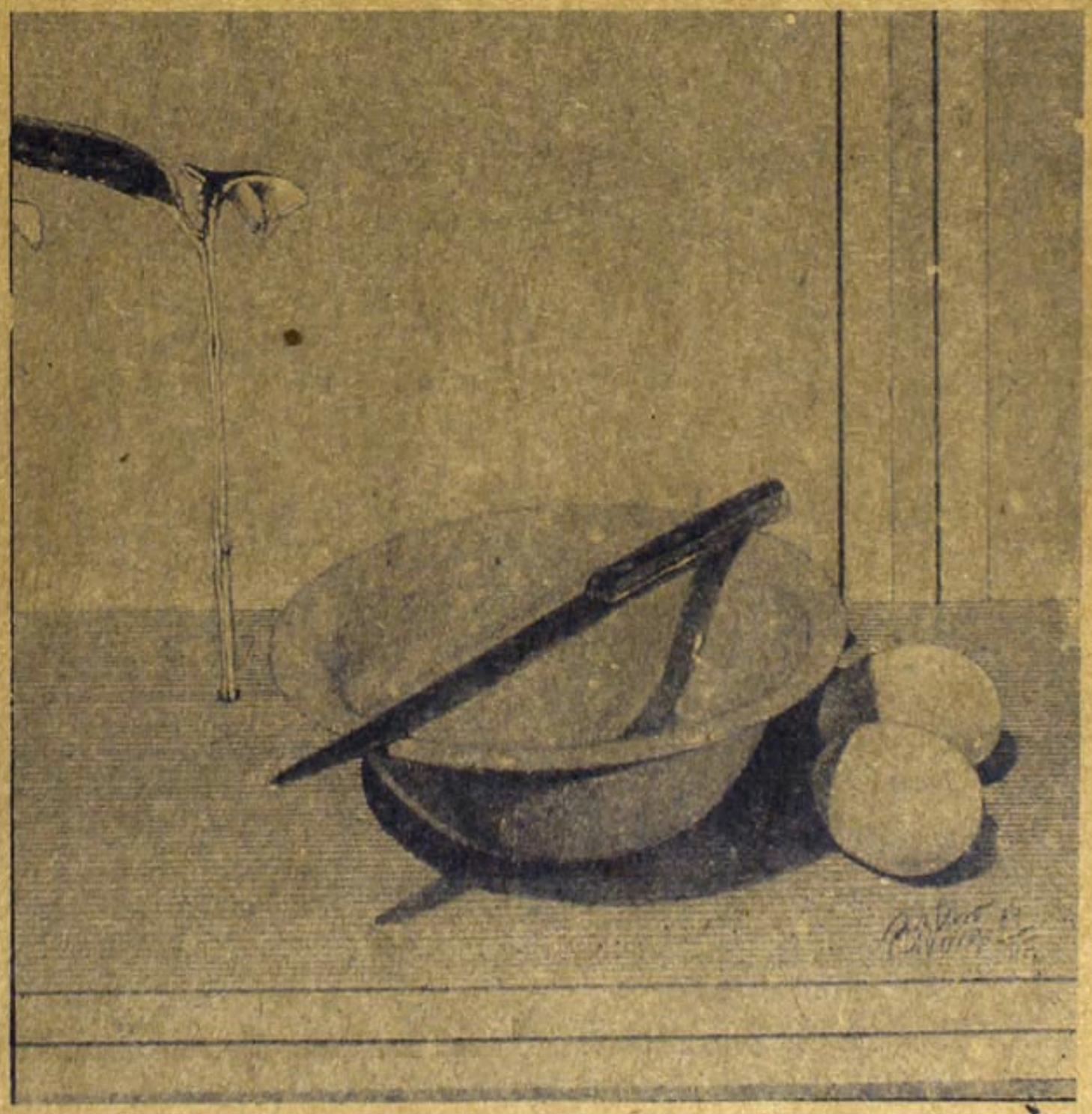
El peyote, yo lo sabía, no ha sido hecho para los blancos. Era necesario impedirme a toda costa alcanzar la curación por ese rito instituido para obrar sobre la naturaleza misma de los espíritus. Y un blanco, para estos rojos, ha sido abandonado por los espíritus. Si yo era beneficiado con el rito, tanto perdían ellos, con su dooblez inteligente de espíritu.

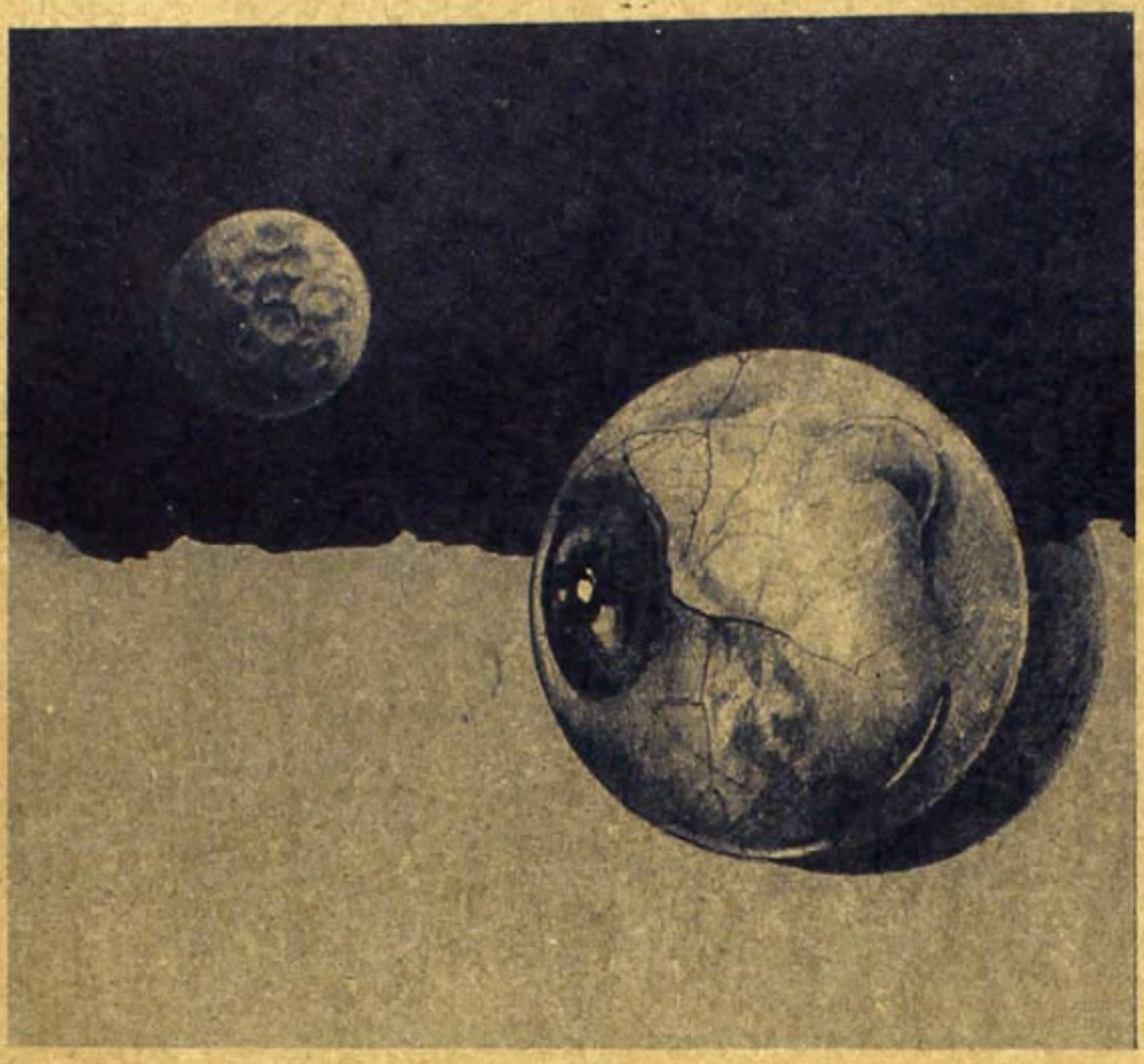
Cuánto perdido por los espíritus. Cuántos espíritus de los que ya no sacaría provecho.

Y además, hay la cuestión del *tesgüino*, esta bebida que requiere ocho días de maceración en vasijas —no hay tantas vasijas, tantos brazos dispuestos a moler el maíz.

Bebido el alcohol, los hechiceros del peyote se vuelven inútiles y se necesita toda una nueva preparación. Un hombre de estas tribus murió cuando yo llegué a la aldea, y fue importante que el rito, los sacerdotes, el alcohol y las cruces, los espejos, los ralladores, las vasijas y todos esos avíos extraordinarios de la danza del peyote fueran dedicados a su bienestar. Porque, muerto, su doble no podía esperar que fueran dislocados los malos espíritus.

Y después de veintiocho días de espera, me fue necesario aguantar, durante una larga semana, una inverosímil comedia. Hubo en toda la montaña un intercambio frenético de emisarios que supuestamente debían ser enviados a los he-





chiceros. Pero, una vez que partieron los emisarios, los echiceros aparecían inesperadamente en persona, asombrándose de que nada estuviera listo. Descubría que había sido engañado.

Me trajeron unos sacerdotes que curan a través del sueño, y que hablan después de haber soñado.

"Los del ciguri (danza del peyote) no son buenos", decían ellos. "No sirven. Toma éstos." Y empujaban hacia mí a unos viejos que súbitamente se dividieron en dos grupos haciendo sonar extrañamente sus amuletos sobre sus mantos. Y vi que trataba con prestidigitadores, no con hechiceros. Y descubrí después que esos falsos sacerdotes eran íntimos amigos del muerto.

Un día se calmó el alboroto, sin gritos, sin discusiones, sin nuevas promesas de mi parte, como si todo esto hubiera sido parte del rito y como si el juego ya hubiera durado bastante.

Claro que yo había venido al seno de la montaña de estos indios tarahumaras para buscar recuerdos de pintura; yo había sufrido lo bastante, me parece, para ser recompensado con un poco de realidad.

Mientras tanto, como se ponía el sol, se me impuso una visión.

Tenía frente a mí la *Natividad* de Jerónimo Bosch, colocada en orden y orientada, con las tablas del viejo alero desparramadas frente al establo, con la aureola del Niño-Rey brillando a la izquierda entre los animales, las casas esparcidas, los pastores, y a la derecha los bailarines-reyes. Los reyes con sus coronas de espejos en la cabeza y sus mantos rectangulares de púrpura sobre la espalda, a mi derecha, en el cuadro vivo, como los reyes magos de Bosch. Y de pronto, como yo me volvía, dudando hasta el último momento haber visto llegar a los hechiceros, vi que descendían la montaña, apoyados en grandes bastones, y sus mujeres con grandes cestos y los ayudantes armados con cruces, sin orden ni concierto, como haces o árboles, los espejos brillando como un paño celeste en medio de ese conjunto de cruces, de picas, de palas, de troncos, de árboles sin ramas. Y toda esta gente se inclinaba bajo el peso de una aparición tan insólita, y las mujeres de los hechiceros, como sus esposos, se apoyaban en los grandes bastones que eran más altos que ellos.

Por todas partes subían higueras hacia el cielo. Debajo, las danzas ya habían comenzado y frente a esa belleza por fin colmada, frente a esa belleza de imaginaciones radiantes, frente a semejantes voces en una cueva iluminada, sentí que mi esfuerzo no había sido en vano.

Arriba, en las laderas de la enorme montaña que descendían hacia la aldea en peldaños, un círculo había sido trazado en la tierra. Ya las mujeres, arrodilladas frente a sus metates, machacaban el peyote con una especie de brutalidad escrupulosa. Los sacerdotes se pusieron a darle patadas al círculo. Lo patearon cuidadosamente y en todas direcciones; y en medio del círculo encendieron una hoguera que el viento arremolinaba.

LOS HONGOS ALUCINANTES

Fernando Benítez

Ser Dios es estar envenenado

En el éxtasis no estoy solo. Soy como los niños p como los perros que se superan cuando tienen espectadores de sus gracias. Soy un histrión que necesita un público.

El éxtasis es estar envenenado. Ser dios es estar envenenado. El veneno es la sustància de que está hecho Dios. Dame otra copa de veneno. Veneno igual a euforia, igual a vuelo, igual a fuerza, igual a locura.

Laberinto. Laberinto. Tengo el hilo para salir del laberinto. Pecera. Acuario. ¿Soy yo el pez? ¿Soy el visitante del acuario? Me río. ¿Por qué sé que me río? Porque me río haciando burbujas, porque yo mismo soy una burbuja, una burbuja como una pompa de jabón, una burbuja irisada, una burbuja de plástico, un globo traslúcido, una retorta, una esfera de cristal que rueda sobre un tobogán de cristal, que rueda, que rueda con otras esferas, con millares de esferas, con millones de esferas y caen, indefinidamente caen, indefinidamente resbalan en el espacio oscuro.

Elevación y caída

Sentía una poderosa fuerza dentro de mí. Seguramente —y ésta es una consideración muy posterior— había comido aquella clase de hongos temibles buscados por la nobleza indígena para sus fiestas y banquetes y pagados a precios elevados ya que mi estado de ánimo era una mezcla de soberbia atroz, de elevcada consideración de mí mismo y de uń deseo de aventuras bárbaras que hubiera sido incontenible si mis fuerzas físicas no me traicionaran.

La idea de mi superioridad no me abandonó las dos primeras horas del trance. Ardía en llamas. No era la fuerza de mi juventud lo que recordaba, sino otro tipo de fuerza, una sabiduría nueva, una penetrante lucidez, una certidumbre deslumbradora de conocerlo todo y de abarcarlo todo unido a una sensación de eufòria y de alegría salvaje que me recorría como una corriente eléctrica. Dios, yo era Dios. Se desataban en mí posibilidades divinas que habían permanecido oscurecidas y subyugadas hasta ese momento.

Por desgracia, ni siquiera el delirio de la propia grandeza de la súbita transformación en un ser divino nos es dable reconstruir una vez de regreso a nuestra condición humana. Ignoraba cómo se había operado la metamorfosis. *Simplemente* me había convertido en un ser superior, en un genio que tenía un mensaje, algo muy importante que decir. Hablaba. Hablaba de pie, inspirado. Detrás de mí antropólogos, muchachas universitarias, innumerables personas asistían a mi transformación y apuntaban asombradas mis palabras.

(Reviso las notas taquigráficas que tomó la señora Inchaústegui y encuentro frases aisladas, imprecisas, siempre cortadas.)

El espacioso cuarto se hallaba en una semipenumbra. No puedo precisar si había luna o existía alguna luz velada. Con más luz tampoco hubiera sido capaz de fijar mi atención en un mueble, en un periódico, o en la tela de mis pantalones. La sensación de mi euforia, de mi fuerza, de mi exaltación mágica era total y me embargaba completamente. No volaba. No em-

prendía ascensiones místicas, no flotaba en el espacio. Estaba con los pies bien puestos en la tierra. El cielo estaba allí, en esa multitud que me escuchaba con reverencia y registraba febrilmente incluso mis gritos y mis exclamaciones.

No sé cuanto tiempo duraría aquella exaltación y si fue continua o la interrumpían los ruidos, las conversaciones o los incidentes que se sucedían en la cabaña. Sólo recuerdo las risas, las risas que iban a socavar la conciencia de mi superioridad. Las risas me hacían un daño atroz. Eran unas risas sarcásticas, que se burlaban de mí y me iban llenando mis protestas: (—¿Por qué se ríen? ¿De quién se ríen?) Me ofendía aquella falta de respeto inaudita y atribuía a esas risas una intención maligna. Me sentía incomprendido, vejado, injustamente humillado. Todos los presentes eran mis enemigos. Aquella ridícula ceremonia era una farsa. Una trampa. Había caído en ella. Algo muy grave se estaba preparando en mi contra.

La trampa. He caído en la trampa, me decía. Todo estaba planeado, determinado de antemano. Estos indios no existen. Son comparsas. ¿Y María Sabina? Mi inteligencia no puede nada contra su fuerza primitiva. Ese es el gran peligro. La sinrazón. Lo mágico. Y los ojos. Los ojos como bolas, los ojos en racimos. Los ojos que me traspasan, irracionales, feroces, burlones, amenazantes, los ojos que no me dejan de juzgar, que no dejan de escrutarme un segundo.

Las risas se mexclaban a las voces, a los comentarios, a los juicios despectivos. La certidumbre de ser examinado, de ser escrutado se abría paso dentros de mí. Los asistentes se tranformaban en mis acusadores: aquella audiencia embelesada, misteriosamente se convertía en un tribunal, en un juicio. Me juzgaban por simulador, porque debajo de la máscara de mi valor aparente, de mis resueltas actitudes, de mi desinterés, existía un fondo de cobardía, una vacilación, un egoísmo no vencidos. Ellos conocían la verdad. Me habían atraído con engaños a esa trampa. No estaba en una cabaña sino en un tribunal. El mundo se disponía a arrancarme la careta. "He aquí el valiente. Al revolucionario. Ahora tiembla. Ahora está a punto de llorar. Déjenlo. No vale la pena. Ha envejecido. No lo dejaremos tan pronto. Es un buen espectáculo. Nos hace reir. Debe pedirnos perdón. Debe confesar su cobardía".

Trataba de defenderme insultándolos. El blanco de mi furia era mi buena migo Inchaústegui que sentado junto a su mujer se esforzaba en dominar la angustia del trance:

—Monta otra farsa menos burda —le grité—. Estoy harto de falsificaciones. Es mejor la danza del vientre y menos aburrida. Me voy a la montaña con los antiguos brujos que no saben nada de *Life* ni de *Paris Match*. Tu exceso de profesionalismo te ha perdido. Estas bambalinas pintarrajeadas y estos falsos indios no engañan a nadie.

—Qué pedante —se oyó la voz de Beatriz sonar detrás de mis oídos.

La primera palabra reconocible la oí como un fallo condenatorio en el silencio espectante de la cabaña.

—Ah, tú también me traicionas. Buscaba tu comprensión y me cuelgas una etiqueta. Es tiempo de pegar etiquetas a los hombres. Los tendremos en el sofacito del analista, les hacemos vomitar sus sueños, sus miedos, sus frustraciones, sus tendencias nefandas reprimidas y nos queda su cáscara, su concha vacía. Me desarmas y no puedes armarme. He oído en China el molino de las oraciones. Viento, Rosarios. Letanías. La verdad. ¿Qué es la verdad, niña tonta? La verdad es ser Dios y me llamas pedante porque yo soy un dios. Debo ir a la montaña. Arriba me espera Chicún Tokosho, el dueño de la tierra mazateca. Arriba, con los muertos, con los tigres, con los diablos, con los alegres duendes chaneques. ¿Sabes? La carne es el único dios de los hombres. Es el dios que más nos esclaviza y más nos humilla. Nos hace caer de rodillas, arrastrarnos implorantes, aullar en la noche, renunciar a nuestra dignidad porque puestos a elegir entre el dominio solitario y el amor y sus debilidades vergonzosas, siempre nos quedamos con éste. Pero hoy es otra cosa. Creí beber el veneno y la muerte y bebí el elixir de la sabiduría. La sabiduría estaba en mí, oscurecida y sin expresión y ahora se me revela. He estado cerca de la metamorfosis.

HACERSE ACCESIBLE AL PODER*

Carlos Castaneda

Jueves, agosto 17, 1961.

Apenas bajé del coche, me quejé con don Juan de no sentirme bien.

–Siéntate, siéntate –dijo suavemente, y casi me llevó de la mano a su pórtico. Sonrió y me palmeó la espalda.

Dos semanas antes, el 4 de agosto, don Juan, como había dicho, cambió de táctica conmigo y me permitió ingerir unos botones de peyote. Durante la parte álgida de mi experiencia alicinatoria, jugué con un perro que vivía en la casa donde la sesión tuvo lugar. Don Juan interpretó mi interacción con el perro como un evento muy especial. Aseveró que en momentos de poder como el que yo viví entonces, el mundo de los asuntos ordinarios no existía y nada podía darse por hecho; que el perro no era en realidad un perro sino la encarnación de Mescalito, el poder o deidad contenido en el peyote.

Los efectos posteriores de aquella experiencia fueron un sentido general de fatiga y melancolía, así como la incidencia de sueños y pesadillas excepcionalmente vívidos.

–¿Dónde está tu equipo de escribir? –preguntó don Juan cuando tomé asiento en el pórtico.

Yo había dejado mis cuadernos en el coche. Don Juan fue y sacó con cuidado mi portafolio y lo trajo a mi lado.

Preguntó si al caminar solía llevar mi portafolio. Dije que sí.

–Eso es una locura –repuso–. Te he dicho que cuando camines no lleves nada en las manos. Consigue una mochila.

Reí. La idea de llevar mis notas en una mochila era absurda. Le dije que por lo común usaba traje, y que una mochila sobre un traje de tres piezas ofrecía un espectáculo risible.

–Ponte el saco encima de la mochila –dijo él–. Mejor que la gente te crea joorobado, y no que te arruines el cuerpo cargando todo esto.

Me instó a sacar mi libreta y escribir. Parecía esforzarse deliberadamente por ponerme a mis anchas.

Volví a quejarme de la sensación de incomodidad física y el extraño sentimiento de desdicha que experimentaba. Don Juan rió y dijo:

–Estás empezando a aprender.

Tuvimos entonces una larga conversación. Dijo que Mescalito, al permitirme jugar con él, me había señalado como un "escogido" y que don Juan, aunque el oráculo lo desconcertaba porque yo no era indio, iba a pasarme ciertos conocimientos secretos. Dijo que él mismo había tenido un "benefactor" que le enseñó a convertirse en "hombre de conocimiento".

Sentí que algo terrible estaba a punto de ocurrir. La revelación de que yo era su escogido, junto con la indudable rareza de sus modos y el efecto devastador que el peyote había tenido sobre mí, creaban un estado de aprensión e indecisión insoportables. Pero don Juan desechó mis sentimientos, recomendándome pensar

* Fragmento de *Viaje a Ixtlán*.

únicamente en la maravilla de Mescalito jugando conmigo.

—No pienses en nada más —dijo—. Ek resto te llegará solo.

Se puso en pie y me dio palmaditas en la cabeza y dijo con voz muy suave:

—Te voy a enseñar a hacerte guerrero del mismo modo que te he enseñado a cazar. Pero te hago la advertencia de que aprender a cazar no te ha hecho cazador, ni el aprender a ser guerrero te hará guerrero.

Experimenté un sentimiento de frustración, una desazón física que bordeaba en la angustia. Me quejé de los vívidos sueños y pesadillas que tenía. Don Juan pareció deliberar un momento y volvió a sentarse.

—Son sueños raros —dije.

—Siempre has tenido sueños raros —replicó.

—Le digo, esta vez son de veras más raros que cualesquiera que haya tenido.

—No te preocupes. Sólo son sueños. Como los sueños de cualquier soñador común y corriente, no tienen poder. Conque ¿de qué sirve preocuparse por ellos o hablar de ellos?

—Me molestan, don Juan. ¿No hay algo que pueda yo hacer para detenerlos?

—Nada. Déjalos pasar —dijo—. Ya es tiempo de que te hagas accesible al poder, y vas a comenzar abordando el *soñar*.

El tono con que dijo "soñar" me hizo pensar que usaba la palabra en un sentido muy particular. Meditaba una pregunta pertinente cuando él habló de nuevo.

—Nunca te he dicho del *soñar*, porque hasta ahora sólo me proponía enseñarte a ser cazador —dijo—. Un cazador no se ocupa de manipular poder; por eso sus sueños son sólo sueños. Pueden calarle hondo, pero no son *soñar*.

"Un guerrero, en cambio, busca poder, y una de las avenidas al poder es el *soñar*. Puedes decir que la diferencia entre un cazador y un guerrero es que el guerrero va camino al poder, mientras el cazador no sabe nada de él, o muy poco".

" La decisión de quién puede ser guerrero y quién puede ser sólo cazador, no depende de nosotros. Esa decisión está en el reino de los poderes que guían a los hombres. Por eso tu juego con Mescalito fue una señal tan importante. Esas fuerzas te guiaron a mí; te llevaron a aquella terminal de autobuses, ¿recuerdas? Un payaso te llevó a donde yo estaba. Un augurio perfecto: un payaso dándome la señal. Así, te enseñé a ser cazador. Y luego la otra señal perfecta: Mescalito en persona jugando contigo. ¿Ves a qué me refiero?"

Su extraña lógica me avasallaba. Sus palabras creaban visiones en las que yo sucumbía a algo tremendo y desconocido, algo que yo no buscaba y cuya existencia no había concebido ni en mis fantasías más desbordantes.

—¿Qué propone usted que haga? —pregunté.

—Hacerte accesible al poder; abordar tus sueños —repuso—. Los llamas sueños porque no tienes poder. Un guerrero, siendo un hombre que busca poder, no los llama sueños, los llama realidades.

—¿Quiere usted decir que el guerrero toma sus sueños como si fueran realidad?

—No toma nada como si fuera ninguna otra cosa. Lo que tú llamas sueños son realidades para un guerrero. Debes entender que un guerrero no es ningún tonto. Un guerrero es un cazador inmaculado que anda a caza de poder; no está borracho, ni loco, y no tiene tiempo ni humor para fanfarronear, ni para mentirse a sí mismo, ni para equivocarse en la jugada. La apuesta es demasiado alta. Lo que pone en la mesa es su vida dura y ordenada, que tanto tiempo le llevó perfeccionar. No va a desperdiciar todo eso por un estúpido error de cálculo, o por tomar una cosa por lo que no es.

"El *soñar* es real para un guerrero porque allí puede actuar con deliberación, puede escoger y rechazar; puede elegir, entre una variedad de cosas, aquellas que llevan al poder, y luego puede manejarlas y usarlas, mientras que en un sueño común y corriente no puede actuar con deliberación."

—¿Quiere usted decir entonces, don Juan, que el *soñar* es real?

—Claro que es real.

—¿Tan real como lo que estamos haciendo ahora?

—Si se trata de hacer comparaciones, yo diría que a lo mejor es más real. En el *soñar* tienes poder; puedes cambiar las cosas; puedes descubrir incontables hechos ocultos; puedes controlar lo que quieras.

Campus de la Universidad de Interzonas

Williams Burroughs

Burros, camellos, llamas, rickskaws, carretillas empujadas por muchachos exprimidos, ojos saltones como lenguas de estrangulado: palpitantes, rojas de odio animal. Entre los estudiantes y el estrado del profesor cruzan rebaños de ovejas y cabras, reses cuernilargas. Los estudiantes se sientan en bancos de parque oxidados, bloques de cáliza, sillas de jardín, cajones de embalaje, bidones de aceite, tocones, pufs de cuerpo polvoriento, colchonetas de gimnasia roñosas. Llevan vaqueros —chilabas... calzas y jubones—, beben aguardiente en tarros de mermelada, café en latas de conserva, fuman mandanga (marihuana) en cigarrillos hechos con papel de envolver y décimos de lotería... se chutan la droga con un imperdible y un cuentagotas, estudian quinielas de carreras de caballos, tabeos, códices mayas...

El profesor llega en bicicleta con una ristra de cabezones. Se sube al estrado sujetándose la espalda (una vaca muge balanceándose sobre su cabeza, colgada de una grúa).

Profesor. —Anoche me jodió todo el ejército del Sultán. Tengo la espalda dislocada al servicio de esa reina que tengo en casa... A la muy zorra no hay quien la eche. Necesito un electricista cerebral titulado que le desconecte sinapsis por sinapsis, y un alguacil quirúrgico que le ponga las tripas en la acera. Cuando la mami se mete en casa de alguien con maletas ya puedes pedir al infierno que te libre de semejante chupóptero...

Contempla los cabezones tarareando canciones de los años veinte.

—Me ha entrado la nostalgia, chicos, e irá saliendo por aquí y por allá... chicos que andan por la feria comiendo algodón de azúcar color de rosa... se meten mano en la barraca

del sexshow... se la menean en la noria, lanzan esperma a la luna que se alza roja entre los humos de la fundiciones del otro lado del río. Frente al Palacio de Justicia un negro cuelga de un chopo... mujeres recogen gimiendo su esperma en sus vaginas dentadas... (Marido que mira al recién nacido con ojos escrutadores color camisa vieja de franela gris... "Doctor, tengo la sospecha de que es negro". El doctor se encoge de hombros: "El mismo truco de siempre, hijo. Adivina en qué mano está... Visto y no visto... nada por aquí, nada por allá...")

"Y el doctor Parker en la rebotica picándose caballo herína tres granos por chute. "Tónico", murmura. "Siempre es primavera".

"Benson el Manos, el degenerado de la localidad, tiene querencia a los retretes de escuela. (Querencia es un término taurino... El toro encuentra en la arena un lugar que le gusta y allí se queda y el torero tiene que ir a buscar al toro a su terreno o hacerlo salir de allí: lo uno o lo otros.) El sheriff A. Q. Larsen, el Chato, dice: "Tiene que saber cómo sacarlo de esa querencia..." Y la Vieja® Mamá Lottie lleva diez años durmiendo con una hija muerta y en conserva en casa, despierta temblando en el amanecer del Este de Texas... Aparecen los buitres sobre las aguas negras del pantano y los troncos del ciprés...

"Y ahora, caballeros —supongo que no habrá ningún travesti entre ustedes, ja, ja— y puesto que todoos son caballeros según ley del Congreso, nos basta con declararles *machos humanos*, éste es un salón decente y bajo ningún concepto se admiten en él transexuales en cualquier dirección. Caballeros, presenten armas. Bien, todos ustedes han sido instruidos sobre la importancia de conservar sus armas bien engrasadas y dispuestas para cualquier acción por el flanco o la retaguardia.

Estudiantes. —¡Oye! ¡Oye! —Se desabrochan perezosamente las braguetas. Hay uno que blande una erección gigantesca.

Profesor. —Y ahora, caballeros... ¿dónde estaba? ¡Ah, sí! Mamá Lottie... Se despierta temblando con la suave rosa del amanecer, rosa como las velas de la tarta de cumpleaños de la niña, rosa como algodón de azúcar, rosa como una concha de nácar, rosa como una pipa que late bajo la jodida luz roja... Mamá Lottie... grumpf... si no se corta tanta retórica sucumbirá a los achaques de la edad y se juntará con su hija en formaldehido.

"*La oda del viejo marinero*, del poeta Coleridge... Quiero llamar su atención sobre el simbolismo del mismoi Viejo Marinero.

Estudiantes. —El tío ese dice *él mismo*.

—Por tanto, llama la atención sobre su propia y poco apetecible persona.

—Eso no ha estado bien, profe.

Un centenar de delincuentes juveniles... Hojas de las navajas que chasquean como dientes avanzando hacia él.

Profesor. —¡Oh, cielo santo! —Intenta desesperadamente disfrazarse de vieja con botines negros y paraguas—... Si no fuera por mi lumbago, no puedo doblarme bien, me daría la vuelta y pondría el culito a su disposición como los mandriles... Si un mandril débil es atacado

por otro más fuerte, el mandril débil o bien (a) ofrecerá su ejem rabadilla creo que se llama, caballeros, je, je, para el colto pasivo o bien (b) si es mandril de diferente tipo, más extrovertido y mejor adaptado, atacará a otro mandril más débil todavía que él, si logra encontrarlo.

Recitadora remendada vestida con ropa años veinte que no se hubiera quitado desde entonces ni para dormir, ondula a la triste luz de neón de una calle de Chicago... El peso muerto de los Buenos Días Perdidos, pende en el aire como un fantasma terrenal. Recitadora (voz aguardentosa de tenor): —Busca al mandril más débil de todos.

Saloon del Lejano Oeste: el Mandril Maricón con un trajecito azul de niña canta con voz resignada a los acordes de *Tengo una Muñeca vestida de azul:* —Soy el más débil de todos los mandriles.

Un tren de mercancías separa al profesor de los juveniles... Cuando el tren termina de pasar, ya tienen barriga y trabajos de responsabilidad...

Estudiantes. —¡Lottie! ¡Lottie!

Profesor. —Eso era en otro país, caballeros... Como iba diciendo antes de ser tan bruscamente asaltado por una de mis múltiples personalidades... Fastidiosas bestezuelas... consideramos al Viejo Marinero sin curarse, lazo, bulbocapnina ni camisa de fuerza, y no obstante capaz de atraer y mantener al público vivo... ¿Cuál es su ejem truco? Ji, ji, ji, ji... No se limita como tantos, que hoy se llaman artistas, a abordar a *cualquiera* y por ende a infringir al azar molestias y penalidades no solicitadas... Aborda a quienes no tienen más alternativa que escuchar a causa de una relación previa entre el Marinero (aunque era Viejo) y el hum Invitado a la Boda... Lo que el Marinero diga no tiene demasiada importancia... Puede que tartamudee, que se salga del tema, que sea brutal o incluso irremediablemente senil. Pero algo le pasa al Invitado a la Boda, como pasa en psicoanálisis cuando pasa esto si pasa aquello... Conozco un analista que lo habla él todo, y los pacientes le esuchan con paciencia o sin ella... Cuenta sus recuerdos... chistes verdes (viejos), logra contrapuntos de estupidez no soñados por el Oficial de Juzgado. Ilustra así con cierta amplitud que nada puede realizarse a nivel verbal. Llegó hasta este método al observar que el Oyente —el Psicoanalista— no leía la mente del paciente... El paciente —El que Habla— era quien leía la suya... Es decir, el paciente tiene conciencia, por Percepción Extra-Sensorial, de los sueños y esquemas del psicoanalista, en tanto que el propio psicoanalista sólo entra en contacto con el paciente gracias al cerebro anterior... Muchos agentes utilizan este sistema: son pelmazos insoportables que no se callan nunca, ni saben escuchar...

"Caballeros, voy a soltarles una perla: *Se sabe más de una persona hablando que escuchando.*

—No soy digno de comerle los pies —dice el cerdo, más gordo de todos.

—De cualquier forma, son de barro.

Literatura y droga

1969*

Juan Villoro

Los granaderos no quisieron presentar examen para entrar a la preparatoria. Ellos usaron su propio método: el bazukazo que convirtió la puerta colonial en una nube de aserrín.

La policía justificó el ataque con razones estratégicas: la Prepa 1 era un "foco de sedición"; los estudiantes, en vez de ideales académicos, acariciaban ametralladoras soviéticas.

En 1968 los periodistas, transformados en inmunólogos, describían la revuelta estudiantil como un virus que atacaba el rosado y saludable cuerpo social. ¿De dónde salió aquel microbio?, ¿dónde estaban los antídotos, dónde los glóbulos blancos? Alguien hizo comparaciones con la Europa del siglo XIV devastada por la peste, la Muerte Negra, el enemigo invisible. Entonces se había recurrido a un dramático conjuro: quemar brujas. Las mujeres ardieron en llamas ejemplares. Y la peste siguió su danza macabra. La puerta de la preparatoria explotó en una galaxia de astillas. Y la epidemia siguió creciendo.

Tomás era un alumno irregular; confiaba en el recurso del *acordeón* y en que Carolina Fuentes le soplara los datos cruciales en los exámenes. Ese día sólo fue a la preparatoria para conectar mariguana. La transacción se llevó a cabo en los baños. El material estaba tan bueno que dos toques bastaron para oír que los orines crepitaban como fulminantes. Salió al patio y sus pupilas vacilaron frente a los murales; nunca había visto nada tan psicodélico: una selva colorida que de pronto tembló con gritos y explosiones. Tomás vio con retardada precisión las macanas que destrozaban quijadas y costillas. También él fue jaloneado. Cayó al piso, recibió una patada, perdió la mariguana. Después lo pusieron contra la pared, con los pantalones en los tobillos y las manos en alto. De reojo, alcanzó a distinguir el brillo asesino que se aproximaba, las tijeras que entraban en su pelo y subían hasta la coronilla con su atroz siseo, destruyendo una cabellera legendaria, años y años de champú de jojoba y de cepillarse cada vez que un avión surcaba el cielo.

En la preparatoria los granaderos se encontraron con los inquietantes paisajes en las paredes. Aparte de los muebles, todo estaba en paz.

Tomás pasó tres días en los separos policiacos. Al salir no dudó en unirse a la manifestación silenciosa. Ahí se encontró al champiñón, un amigo al que daba por perdido en la sierra de Oaxaca. El Champiñón le habló en voz baja de las montañas de luz y los acantilados del aire. Al cabo de un kilómetro sus murmullos eran tan insoportables que Tomás le dijo que sí, que sí iría con él a Huautla.

Mantuvo su promesa por una sencilla razón: el miedo. La represión se volvía cada vez más brutal y una bayoneta podía hacer que sus entrañas corrieran la misma suerte que su pelo. Además se quería enfrentar con los dioses dorados de Grateful Dead, Jefferson Airplane y

* Capítulo del libro *Tiempo trascurrido*.

Quicksilver Messenger Service, abrir de sopetón las puertas del paraíso, conocer la meseta donde el aire sopla en cuatro direcciónes y el desfiladero donde la lluvia asciende al cielo.

Estuvo en Huautla hasta fin de año. El Champiñón hizo honor a su apodo y le preparó mezclas de hongos alucinantes, *derrumbes* y *pajaritos* que al principio Tomás rociaba con miel. Después aprendió a disfrutar del jugo ácido que le teñía la lengua de azul. En un instante privilegiado todo se trastocaba y confundía: Tomás escuchaba la tierra húmeda, olía las nervaduras rojizas en las hojas de los árboles, palpaba el cielo amplio después de las lluvias. Oía colores que eran voces que paladeaba.

El instante de percepciones múltiples se prolongó hasta el 31 de diciembre, cuando una gringa que había llegado a la sierra siguiendo a unos desertores de la guerra de Vietnam les leyó el tarot en spanglish. Lo único que sacaron en claro era que la onda se estaba poniendo gruesa, karma del más espeso, y que lo más sensato era regresar al altiplano.

Su pecosa Casandra les predijo que en la ciudad reunirían energías dispersas. Y en efecto, a las pocas semanas se encontraron con otros amigos que también habían estado fuera: Fede venía de una comuna en California. Ariel de un kibutz y Juande un campamento boy scout en Camomila. El movimiento estudiantil había sido liquidado. Tomás y sus amigos no podían pensar en volver a clases como si nada hubiera sucedido.

Los toques circularon hasta que el plan estuvo listo: Fede conseguiría que su tío les prestara una granja en la Huasteca veracruzana; convencerían a sus amigas más liberadas de que los acompañaran. Esto último no fue tan fácil. Sara, la novia de Ariel, tenía unos papás que difícilmente la dejarían irse con una pandilla de *goys*. Maricruz y Yolanda, las novias de Juan y Fede, detestaban a Erika, que no era novia de nadie, se apuntó para ir y estaba buenísima. Tomás y el Champiñón buscaban mujeres de emergencia. Finalmente, en una fiesta en un frontón de San Ángel, conocieron a las gemelas Martínez, que olían a incienso de zarzamora y sólo se distinguían por el tatuaje que Gloria (minuto y medio mayor que Glenora) tenía en el antebrazo: un monograma en escritura celta.

La granja resultó ser una cabaña con techo de paja que se inundaba cada vez que el río Pánuco crecía. El Champiñón ideó un ritual antilluvia y Juan los puso a trabajar en un dique. Los lugareños miraban con desconfianza a esos vecinos de zapatos tenis que pintaban de colores los troncos de los árboles.

La coexistencia entre seis mujeres y cinco hombres no fue fácil, sobre todo porque la que sobraba era Erika y todos querían con ella. Pero el trópico y las exigencias de cinco galanes le hicieron mal. Al cabo de unas semanas era una belleza deshidratada. Las gemelas Martínez, en cambio, florecieron como orquídeas de invernadero. Tostadas, alegres, tibiecitas, Gloria y Glenora se convirtieron en objetos de codicia.

Tompas se había impuesto un código alivianado que consistía, principalmente, en no segregar a Sara. Todas las religiones partían de un mismo punto de energía. Había que derrumbar barreras. Así, Tomás pasó los cuatro lados de *Blonde On Blonde* elogiando judíos. Aunque él pensaba en Einstein y en Bob Dylan (né Zimmerman), Sara se sintió poderosamente aludida: canceló los elogios de Tomás besándolo enfrente de todo mundo. Ariel los insultó y ya estaba a punto de lanzarse sobre Tomás cuando el Champiñón puso *All You Need is Love* a todo volumen. Las bocinas se cuartearon a los pocos segundos. Nadie criticó al Champiñón: su intención había sido *yin*, y Juan trató infructuosamente, de reparar el resultado *yang*. Sin tocadiscos, la Huasteca les pareció una región de verdura insoportable.

Después del pleito con Sara y Tomás, Ariel se dedicó a trabajar con frenesí. Se asignaba tareas dignas de un cebú tabasqueño. Juan y Fede lo ayudaban ocasionalmente; el Champiñón pasaba el día bajo una palma, abrumadoo por problemas trascendentales; las gemelas se asoleaban desnudas y nadie pretendía que hicieran otra cosa; Yolanda se encariñó con una cabra y se dedicaba a darle besitos en la trompa; Tomás y Sara hacían excursiones de las que regresaban tan contentos que no les importaba haber sido devorados por los mosquitos; Maricruz intrigaba de tiempo completo.

Los esfuerzos de Ariel no bastaron para producir una buena cosecha. La situación se volvió crítica: no tenían tocadiscos ni comida. Y pronto sucedió algo peor: un grupo de campesinos traspasó el letrero escrito por Tomás: "Aquí empieza la quinta dimensión." Ariel habló con ellos y se enteró que la quinta dimensión estaba en terrenos ejidales. Los campesinos llevaban machetes y azadones para recuperar sus tierras, pero no encontraron resistencia.

Los comuneros regresaron a la ciudad en el primer Flecha Verde. Por la ventana trasera recogieron una última imagen del trópico: niños desnudos en medio de la carretera, cáscaras de mameyes, una nube de polvo rosado.

Al llegar a su casa, Tomás se puso al corriente de las noticias. Su hermano menor había colgado en la pared fotos de los astronautas saltando en la superficie lunar y de la primera huella de Neil Armstrong (que informaba a las inteligencias extraterrestres que los humanos calzaban del 36). Las novedades locales eran menos espectaculares: un metro anaranjado recorría la ciudad y todos los números telefónicos empezaban con 5.

Después de tanto tiempo de vivir juntos acabaron creyendo las intrigas de Maricruz. Tomás ya sólo veía a Sara.

La siguiente reunión del grupo fue por demás trágica: el Champiñón quiso volar en pleno viaje de LSD y se tiró a la Avenida Revolución desde un doceavo piso, se encontraron en Gayosso.

Tomás, Juan y Fede se encerraron en los baños de la fineraria para darse un tique. Fede les contó que su tío había recuperado la granja de la Huasteca.

—El ejército hizo mierda a los campesinos.

Tomás recordó el asalto a la preparatoria. Tiró la colilla en el excusado. Jaló. Esperó unos segundos, y volvió a jalar, con mayor urgencia. La colilla siguió girando en espiral.

Al finalizar el año seguía decidido a no estudiar. Era incapaz de regresar a un mundo de nubarrones algebraicos. Hacía mucho que sus papás no le daban dinero, así es que o conseguía trabajo o jamás salvaría la distancia que lo separaba del último disco de Captain Beefheart. Después de tratar a tantos desertores norteamericanos en la sierra tenía un mediano conocimiento del inglés. Sara lo escuchaba imitar la voz grave de Frank Zappa hasta que le encontró futuro profesional: un trabajo de recepcionista en el hotel María Isabel.

Tomás aceptó aquel modesto acto de justicia: de la comunicación trascendental pasó a las llamadas telefónicas. Se sonrió al recordar aquel letrero: "Aquí empieza la quinta dimensión". Después marcó un número de teléfono 5...

Cerca del fuego
(Fragmento)

José Agustín

El lado oscuro de la luna. Unos amigos me invitaron a una fiesta-a-oscuras, que ahora están de moda. Ya sabes: son iguales que todas, sólo que éstas son en total oscuridad: bueno, siempre andan por ahí unas lamparitas para iluminar bebidas, comida, drogas, y por supuesto para lanzar ocasionales haces indiscretos a la gente en pleno desfiguro. Por lo general la música brama a alto volumen, e inevitablemente hay líos inesperados.

Cuando íbamos a entrar me presentaron a un hombre moreno, delgado, ni joven ni viejo, increíblemente recio, que llevaba una camiseta de manga corta. Se llamaba Arturo. Era el dueño de la casa de la fiesta, que, por cierto, venía a ser un bloque negrísimo en la penumbra de la calle. Hasta nosotros llegaba, fuerte y nítida, música de Pink Floyd: El lado oscuro de la luna. Eclipse.

Dentro no se veía nada. Nada. Arturo me tomó del brazo con autoridad y me condujo, pero aún así no dejé de tropezar, pisar, empujar a gente que bailaba, caminaba, platicaba, o jodeaba en la oscuridad. Nada se veía. Ocasionales cilindros de intensa luz delgada cruzaban la negrura y revelaban golpes de color, ropas, franjas de carne. Enceguecían aún más. La música hacía vibrar la piel. Arturo me condujo por corredores, cuartos que comunicaban con otros, salones circulares, largos pasillos: en todas partes había gente, risas, chasquidos de vasos, conversaciones entretejidas, y todo junto formaba una zumbido parejo, ilusorio como la capa de humo que parecía flotar en la atmósfera. Al poco rato empecé a distinguir siluetas, bultos en movimiento. Las fricciones con otros cuerpos ocurrían en todo momento y causaban risitas, tentaleos, suspiros. Íbamos de un cuarto a otros, entre capas de oscuridad casi total, sensual, en medio de la música potentísima, entre risas y, con frecuencia, quejidos, o gritos de dolor agudo, carcajadas, incluso detonaciones silenciadas.

De pronto nos hallamos en un pequeño cuarto vacío. Arturo no me había soltado el brazo en ningún momento, y de repente no sé qué pasó, tuve la impresión de que ese lugar estaba vivo, las paredes eran carne cálida, húmeda, palpitante como la mía, al recargarme las caricias me hacían desfallecer, me excitaban como pocas veces en mi vida, se me dificultaba la respiración, y de pronto sentí que me retorcía, no me caí porque Arturo me sostuvo, estaba eyaculando entre oleadas de un placer oscuro, espeso, doloroso, que me hacía contorsionar, pegarme a la pared. Era una eyaculación abundante e interminable, y yo miraba a Arturo, o a la sombra de la oscuridad que debía ser Arturo, y me complacía que él estuviera llá mientras eyaculaba portentosamente. Cuando terminó la emisión mi pantalón estaba empapado de semen. Con la mano encontré una tela, parecía

colcha, y con ella limpié un poco la manchas. En ese momento Arturo me jaló hacia sí y me abrazó. Sentí que se me iba la vida, la fuerza vital se me escurría, me dejaba desvertebrado. Con jalones me bajó el pantalón, me abrió las piernas y con un solo golpe me introdujo algo duro y enorme, que iluminó la oscuridad como fogonazo, un relámpago que inició un dolor insoportable, que me hizo gritar con todos mis pulmones y macerarme los labios porque Arturo textualmente me partió en dos, el ardor desgarrante de la dilatación de mis entrañas me hizo llorar lágrimas incontenibles entre gritos y aullidos de dolor, en fracciones de segundo perdí el conocimiento, y sólo después, como barco en la tormenta aparecía la conciencia de que experimentaba un calor incendiante enteramente distinto y de que Arturo explotaba en una eyaculación que me inundó, me corrió entre las nalgas y las piernas. Yo ahora veía ráfagas de luces por el dolor, con una extraña aurora de placer, de estupor. Arturo retiró el miembro con tanta rapidez que sentí, como en una especie de cámara lenta, cómo volvían a cerrarse las paredes intestinales; no pude desplomarme en el suelo, como hubiera querido: Arturo me jalaba, a duras penas reacomodé mi ropa mojada, viscosa, y lo seguí, tropezando, adolorido y con la piel tan sensible que cada roce se quedaba reverberando.

Regresamos al fragor de la fiesta, siempre en oscuridad, yo detrás de él presintiendo, vislumbrando a veces, su silueta con adoración. Comprendía que era ridículo, imposible, lo que ocurría, pero no podía hacer nada por evitarlo, y mi conciencia apenas llegaba al pasmo, continuamente eclipsada por las olas de dolor y placer. No tenía fuerza y me dejaba llevar en una debilidad caliente. Entramos en un cuarto donde proyectaban una película. La luz de la pantalla me cegó aún más que la oscuridad; allí también estaba lleno de gente y ver las siluetas, recortadas contra la pantalla, me dejó una desolada sensación de horror. Arturo conversaba con un conocido. Me pasaron una pequeña pastilla. Olía a alcohol, mariguana e incienso. Me sobresalté al ver unos ojos ígneos, terribles, amenazadores, como los que veía el príncipe idiota. Vámonos, le dije a Arturo, pero no me hizo caso. No podía controlar el temor frío que anunciaba una temblorina de todo mi cuerpo pegajoso. Pánico inminente. Vámonos, repetí a Arturo, vámonos a la casa. *Ésta es mi casa*, respondió él, marcando las palabras. Después siguió hablando con sus amigos. Yo, en cambio, me llené de terror. Creí que cualquier movimiento me iba a volver loco. ¡Qué tiempos aquellos!

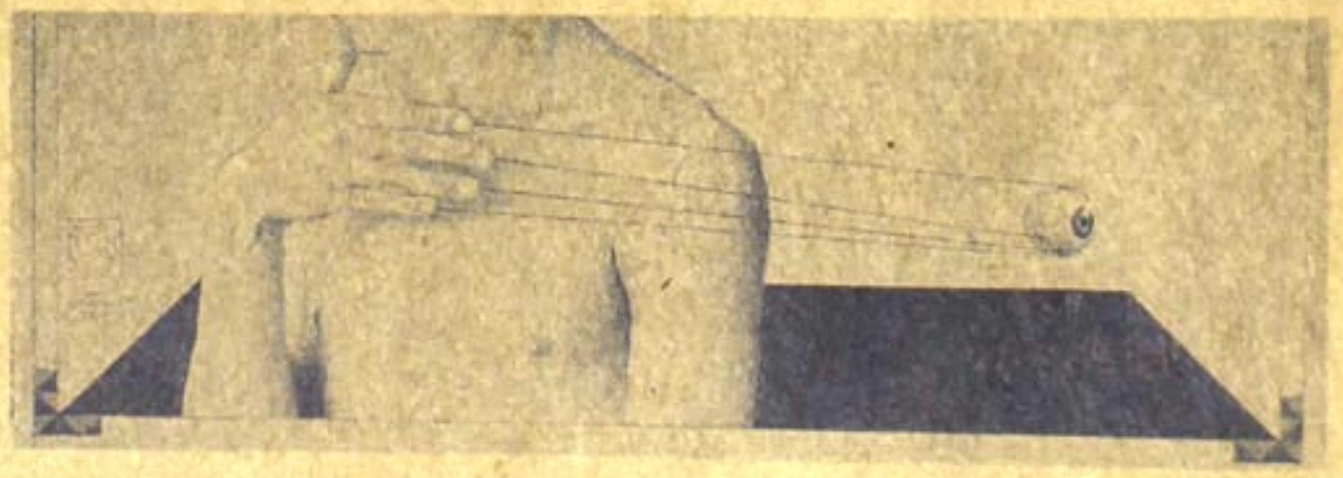
ÉTER
(Fragmento)

Allen Guinzberg

11:15 pm. Mayo 27

4 Olisqueos & estoy Pirado
en ropa interior en la cama,
algodón blanco en la mano izquierda
degenerado arquetípico,
sabor a sangre en mi boca
de sillón de Dentista
música, Sonoros Eructos de la Eternidad –
un búho con gafas garrapateando en la
fría oscuridad –
Continuamente en mis tímpanos el sonido
de tranvías en la calle
tos de parachoques de taxi – crujido de calles –
Risa y pistoletazos rebotando
de todas las paredes –
filtraciones de neón como tics – la voz
de una Miríada
de corredores de cuerpos del cerebro
todos los chirps que los grillos han crado
resonando contra mis oídos en el
instante anterior a la inconsciencia
antes –
la lágrima del ojo por venir –,
el Miedo a lo Desconocido –
Uno no sabe aún si Cristo era
Dios o el Diablo –
Buda es más reconfortante.

¡Y aún así los experimentos han de continuar!
Toda posible combinación del Ser – ¡todas
las viejas! todos los viejos universos Hindúes
Shabahadabadie-pluralicos
resonando en Grandilocuente
Barbada Yuxtaposición,
con todos sus minaretes y torres enlazadas de hierro
iluminadas por la luna
o adornos de porcelana
todos han existido –
y los Sabios con
pelo blanco que se sentaban con las piernas cruzadas en
un canapé femenino
escuchando cualquier música que pudiera llegarles
desde el bosque o la Calle,
a cualquier ave que trinara en el
Mercado,
cualquier nota que el reloj diera
para decir
Tiempo –
cualquier droga o aire que respiraran
para hacerles pensar tan profundamente
o simplemente oír lo que pasaba,
como un automóvil pasando por la calle 1960
junto al Palacio Gubernamental
en Perú, en este año
de Lima. en el que escribo
¡Kerouac! saludo tu
palabrera barba. ¡Triste Profeta!



Poesía y droga

Salutaciones y profundas inclinaciones de
pantalones abombados y mente con turbante y pie córneo
cejas arqueadas & Sonrisa Judía –
Un único espécimen de la Eternidad – cada
uno de nosotros poetas.
¡Rompe el ritmo! (demasiado pentámetro)
...Dios mío ¿en qué soledad estás ahora
Kerouak?
– oí el susurro de ruedas en la lluvia de 1950 –

Y cada campana sonó a tiempo,
Y todo lo que fue creado
Resonaba especialmente a la vista de la Creación
Porque
Este es el fin de la creación
Esta es la redención de la que se Hablaba
Esta es la visión de lo Creado
por todos los Drs., enfermeras, etc., de la creación;
por ej., –

*

!!

Yo sólo asentí a causa de la negación
secundaria

Lo inexpresable pasó sobre mi cabeza por
segunda vez
¡y sigo sin poder decirlo!

EL RUIDO Y EL SILBIDO

Eduardo Mosches

Las hojas de mariguana se entremezclan
con el lento girar de las manos
almacenando cortinas de pasado
entre las grutas del acontecer
teñido de colores y pimienta
enrareciendo las yemas de los dedos
con la fatiga del amanecer envuelto
en las pieles frías
suaves tristes
sin haber podido embellecerse
con el sonido
flauta y requiebro
de la flama lenta y casi constante
de un encuentro.
El humo se despereza
entre los pulmones y los lápices
afiebrado espacio inmóvil

de una noche degollada
en el tic tac circular
de este planeta
encaramado sobre las espaldas
de un elefante.
La boca de la botella
se encima en el respaldo
de los labios.
Una cita adormilada
cae en el ruedo
de toros degollados.
El vino desparramado
entre las sillas se acuesta
a descansar del sueño.
Las astillas atraviesan
las flores
mientras el polen
en pesadas nubes
se deposita
entre los párpados cansados
un falo suspirante
y las últimas noticias
que no sólo transmitió la vecina
si no el ruido acompasado
silbante
de un pulmón al ser
atravesado por la bala.

Carlos Fuentes

CONSTANCIA Y OTRAS NOVELAS PARA VÍRGENES

-Un niño, por favor, aunque sea triste...
-Huyamos a Egipto, Constancia, para que no lo mate Herodes...
Entonces corría a encerrarse, y esta tarde de agosto, tomado de su mano, puede al fin acomodarme a esta interrogante: ¿había muerto Constancia cada vez que huía de mí y se encerraba un día entero en su recámara, antes de bajar, renovada, radiante, a conciliarse, jugar y adelantar nuestro amor que se hubiera muerto de pura perfección, de pura lejanía, de pura sospecha, de pura incomprensión (-Vieja. -Ignorante. -Seca) a no ser por estos incidentes?

• Constancia
• La desdichada
• El prisionero de Las Lomas
• Viva mi fama
• Gente de razón
I. Obras
II. Milagros
III. Amores

era

JOSÉ EMILIO PACHECO

NOVEDAD

LA SANGRE DE MEDUSA

y otros cuentos marginales

Narrativa

- EL VIENTO DISTANTE
- LAS BATALLAS EN EL DESIERTO

Poesía completa

- LOS ELEMENTOS DE LA NOCHE
- EL REPOSO DEL FUEGO
- NO ME PREGUNTES CÓMO PASA EL TIEMPO
- IRAS Y NO VOLVERÁS
- ISLAS A LA DERIVA
- DESDE ENTONCES
- LOS TRABAJOS DEL MAR
- MIRO LA TIERRA
- CIUDAD DE LA MEMORIA

EDICIONES ERA / AVENA 102 / ☎ 581-77-44
GUADALAJARA ☎ 12-60-37

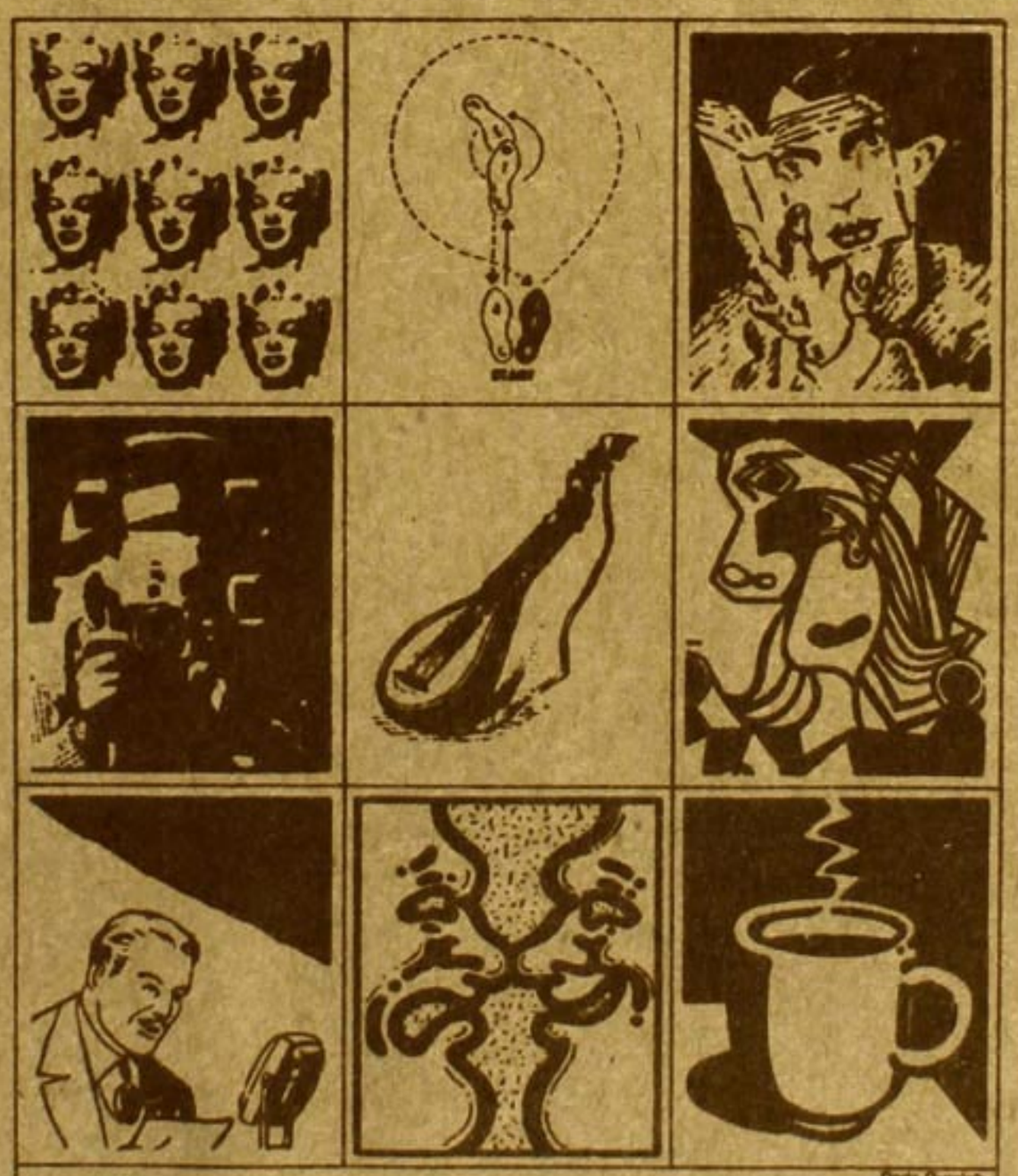
libros discos arte café
gandhi
miguel a. de quevedo 134- 548-1990/550-1884

el juglar
VIDEOCLUB

manuel m. ponce 233 col. guadalupe in
tels. 660 79 00 y 660 77 7

sólo lo mejor de la cinematografía mundial:

cine para conocedores y cine para conocer el cine



Dorie Gurwich

cine + danza + libros + fotografía
música + arte
conferencias + teatro + café

el juglar

manuel m. ponce 233 col. guadalupe inn tels. 660 79 00 y 660 77 75

SUSCRIPCIONES BLANCO MÒVIL

Costo POR UN año:

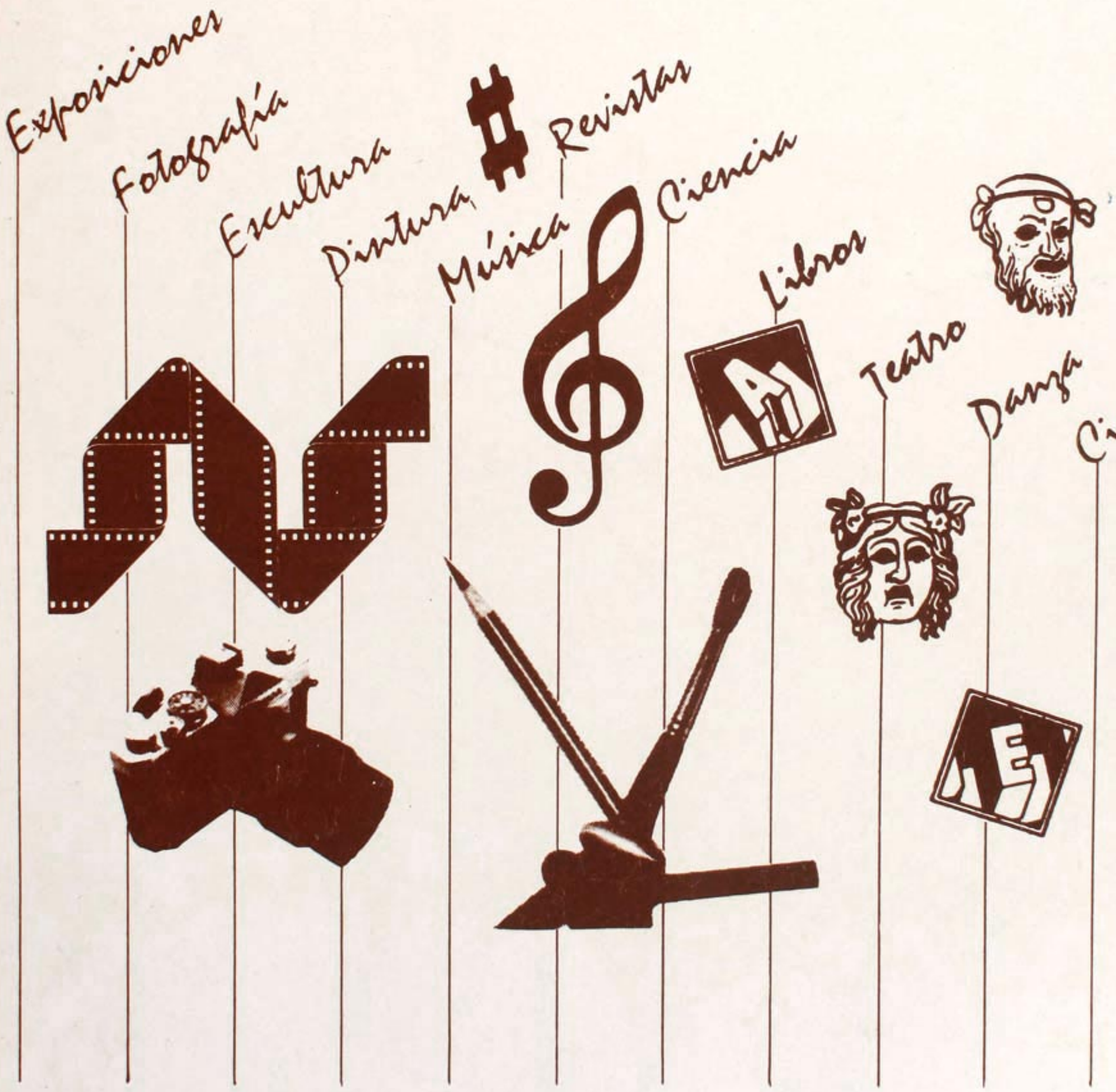
ESTADOS Unidos	20 DLS
CENTRO AMERICA	20 DLS.
SUD AMERICA	20 DLS.
EUROPA	25 DLS.
	25 DLS

ENVIOS DE CHEQUES A LA CUENTA BANAMEX
7038523 SUCURSAL 346 Ó AL APDO. DE
CORREOS 21-063 - COYOACAN C.P. 0400 D.F.

La Jornada

Semanal

Exija cada domingo con el periódico *La Jornada* un ejemplar gratuito de su revista cultural



BLANCO MÓVIL

Director: Eduardo Mosches

Consejo de Redacción:
Gerardo Amancio; Oscar de la Borbolla; Antonio Delgado; Christopher Domínguez; Beatriz Escalante; Samuel Gordon; Eduardo Milán; Raúl Renán; Bernardo Ruiz; Guillermo Samperio; Esther Seligson; Manuel García Cano; Daniel Sada.

Impresión: IMPAKRA
Ilustraciones: Arturo Rivera
Diseño: María Eugenia González N.
Formación: Marco A. Salazar
Tipografía: Blanca Fernández e Isabel Moya

Apartado Postal 21-063
C.P. 04000, D.F.

CORRESPONSALES:

Argentina
Cristina Bartolucci

Costa Rica
Magda Zavala

España
Julia del Solar

Estados Unidos
José Kozer

El Salvador
Miguel Ángel Chinchilla

Guatemala
Marco Vinicio Mejía

Honduras
Rafael Rivera

Nicaragua
Julio Valle Castillo

Panamá
Consuelo Tomás

Los primeros pasos

Eduardo Mosches _____ 2

Ensayo y droga

Literatura y droga en el siglo XIX: entre el experimentalismo y la evasión
Luis Maristany _____ 3

Cultura y droga

Los paraísos artificiales (Fragmento)
Charles Baudelaire _____ 11

Confesiones de un opiómano inglés (Fragmento)
Thomas de Quincey _____ 13

Haschisch (Fragmento)
Walter Benjamin _____ 16

La danza del peyote
Antonin Artaud _____ 18

Los hongos alucinantes
Fernando Benítez _____ 21

Hacerse accesible al poder
Carlos Castaneda _____ 23

Literatura y droga

Campus de la Universidad de Interzonas
Williams Burroughs _____ 25

1969
Juan Villoro _____ 28

Cerca del fuego (Fragmento)
José Agustín _____ 31

Poesía y droga

Éter (Fragmento)
Allen Guinzberg _____ 33

El ruido y el silbido
Eduardo Mosches _____ 36